

Noviembre 2015, Nro. 3
Distribución gratuita



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

GONZÁLEZ * CASALINO * CHÁVEZ * GLAUCONAR YUE * HERRERA * SOLANO



Día de caza y otros relatos





Créditos



© 2015 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2015 José A. González, Álvaro Casalino, Ramiro Chávez, Glauconar Yue, José Antonio Herrera y Lenin Solano

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Comité Editorial: **Hans Rothgiesser, José Güich Rodríguez, Daniel Salvo, Carlos de la Torre Paredes, Christian Campos Alvarado y Daniel Arteaga**

Editora: **Paola Arana Vera**

Diseño de portada: **Rafo Núnjar Tovar**

Ilustraciones: **Gerardo Espinoza (p. 21), Rafo Núnjar (p. 34), Pablo Malásquez (p. 15 y 17) y Danilo Molina (p. 24).**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 3: **Noviembre del 2015**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

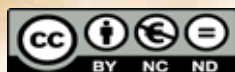
Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles



Autores



José A. González
(Sevilla, 1971). Empresario y graduado en químicas. Actualmente desarrollando proyectos de Marketing para empresas de ventas. Ha publicado relatos y artículos en varias páginas webs y revistas especializadas, obteniendo varios premios.



Álvaro Casalino
(Trujillo, 1988). Bachiller en Ciencias de la Comunicación. Publicó en el 2012 el poemario “El Génesis Artificial”, y en el año 2014 publicó el libro infantil “El ABC de los Monstruos” presentado en la 19 Feria Internacional del Libro de Lima.



Ramiro Chávez
(Huancavelica, 1986). Economista de la UNMSM. Interesado en temas de industrias culturales. Ha escrito artículos relacionados con literatura y teatro en diversos medios y presentado ponencias sobre literatura y economía en diversos congresos.



Glauconar Yue
(Lima, 1984) Magíster en Literaturas comparadas por la universidad de Bochum, donde actualmente escribe su doctorado en torno a lo fantástico en el cómic. Ha publicado la novela “El Empalador” (2007) y diversos poemas y cuentos en revistas y antologías.



José Antonio Herrera
(Rota, 1990) Licenciado en Filosofía y con Máster en Educación. Ha publicado diversos poemas y relatos en varias antologías y revistas de España (entre ellas la revista *Ánima Barda*). También ha publicado varios artículos en revistas literarias.



Lenin Solano
(Lima, 1983). Estudió Literatura en la UNMSM. Magíster en Literatura Francesa por la Universidad La Sorbona. Ha publicado: “Carta a una mujer ausente”, “No les reces a los muertos”, “Cada hombre tiene un sueño”, “Cementerio Père Lachaise” y “Lágrimas de niños”.

Índice



Cartas de lectores.....	05
Editorial.....	07
El chamán del espray.....	08
Aquel maravilloso sueño que fue Altemworld.....	14
Solo quiero un pedazo de carne.....	19
The Taming of the Snake.....	22
La cruz y la media luna.....	27
Día de caza.....	31
Muro de honor.....	42



Cartas de lectores



Radiotelescopio Abandonado Colombia

He de expresar mi admiración por el excelente trabajo que están haciendo con la revista. Los relatos son un increíble ejercicio de creatividad y gran imaginación, la presentación de la revista, su diagramación y estilo son agradables e interesantes. Es grato ver cómo se cultiva la fantasía, ciencia ficción y el terror en nuestra región.

Muchas gracias por todo lo que nos escribes. Intentamos publicar la mejor revista posible, que encante a nuestros lectores. Comentarios como los tuyos nos dan la certeza que estamos por buen camino.

Hernán Paredes Perú

Estimados, me interesa saber si es posible y de qué manera proceder para enviar relatos que puedan ser evaluados para una eventual publicación en la revista. Los saludo atentamente.

Estimado Hernán, justo acabamos de iniciar una nueva convocatoria para recibir cuentos. Esta convocatoria dura hasta el 29 de febrero del 2016. En ella recibimos cuentos de hasta 7,500 palabras de los géneros de Relatos Increíbles. La convocatoria la hemos publicado en nuestra fanpage para que puedas revisarla en detalle.

Germán Panigutti Argentina

En mi búsqueda habitual de libros de ciencia ficción para leer encontré esta revista y la verdad que me interesa el asunto. Por lo que vi la revista se puede bajar en formato PDF, ¿por casualidad la tienen en formato EPUB?

Estimado Germán, lamentablemente solo la tenemos en formato PDF por el momento. En un futuro, esperamos también publicarla en EPUB. Si ha alguien le interesa ayudarnos con este tema, que nos mande un correo inmediatamente.

Rubén Sandoval México

Quería echarle un ojo al estilo y calidad de los relatos que se publican, y ninguno de los enlaces funciona. No sé a qué será debido, pero me parece que alguien debía avisaros, por si acaso.

Estimado Rubén, hay que tener un poco de paciencia con nuestra plataforma. A veces, cuando tenemos muchas visitas, se sobrecarga y la web deja de funcionar. Imagínate, tenemos más de 9,000 textos en nuestra biblioteca digital y así como tú deben haber muchas más personas buscando que leer. Para salvar estos problemas a nuestros lectores de la revista, también la subimos a otra plataforma llamada ISSUU, para darles otras alternativas de visualización y descarga.

Mariana Alcántara España

Me ha encantado mucho la revista y especialmente el cuento "La carretera oscura". Me ha parecido sumamente denso, lúgubre y onírico. Espero que podamos leer más de ese autor.

Estimada Soledad, te tenemos buenas noticias. Es muy probable que publiquemos más relatos de Julio Cevasco en nuestra revista.

Carlos Pérez Perú

Amigos de Relatos Increíbles, les escribo porque quiero felicitarlos por esta revista. El cuento de Daniel Salvo me ha parecido sumamente interesante. Nos acerca un poco a una de las esencias básicas del ser humano: la soledad.

Estimado Carlos, efectivamente, nosotros también creemos que el cuento de Daniel Salvo pertenece a una ciencia ficción mucho más madura y reflexiva.

Adriana Gastelumendi Argentina

Quería saber si piensan incluir nuevas secciones en la revista. Me parece que sería interesante leer entrevistas a algunos autores renombrados de la región.

Estimada Adriana, por el momento nos quedamos con las secciones actuales.

La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 1 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Editorial



Hemos llegado al tercer número de la revista con muchas satisfacciones. Nuestro primer número ha pasado las mil descargas en dos meses y el segundo número le sigue sus pasos ya que en 5 semanas tiene 967 descargas. Esto es posible gracias a todos nuestros lectores y amigos que nos ayudan a compartir la revista en sus muros del Facebook, en Twitter, en sus blogs y sus respectivas webs. Nuestras más sinceras gracias desde esta tribuna. Gracias también a todos aquellos que hicieron reseñas de nuestro primer número, espero que continúen con los siguientes, y que más personas se animen a hacer lo mismo.

Estoy seguro que la literatura es la que gana con todo ello. Hace tiempo que no leía tantos cuentos que me emocionasen y me dieran ganas de seguir leyendo. La revista está abierta a cualquiera de ustedes para que participen de nuestras convocatorias y nos manden sus cuentos. Nosotros les garantizamos que vamos a seleccionar a los mejores. Justo ahora está abierta nuestra segunda convocatoria. Las bases y detalles de la misma las pueden encontrar en nuestra web.

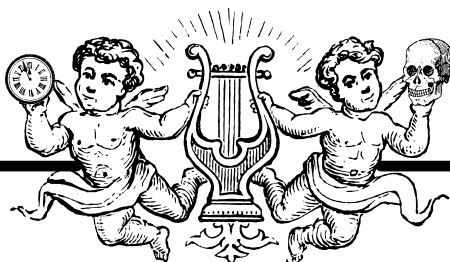
En esta oportunidad tenemos dos cuentos espectaculares sobre zombis: en ambos cuentos, tanto el relato de Lenin Solano como el de José A. González, nos enfrentamos al dilema de una familia que lucha por su sobrevivencia. En estos dos casos las soluciones serán distintas y los finales ampliamente sorprendentes. Los relatos de zombis tienen la particularidad de cuestionar la esencia de nuestra humanidad de manera directa.

Sumado a estos dos cuentos, tenemos los relatos de Álvaro Casalino y de José Antonio Herrera, quienes nos plantean la posibilidad de escapar de nuestro presente para sumergirnos en realidades fantásticas paralelas. Uno de ellos regresa al pasado mientras que el otro se sumerge en un intrincado videojuego futurista. Nos enfrentamos a personajes que de alguna manera van en búsqueda de su propio destino.

Luego tenemos el cuento de Glauconar Yue que nos presenta una historia de amor un tanto macabra, donde los límites del amor serán expuestos. Finalmente, el cuento de Ramiro Chávez se asemeja bastante al cuento de Cortázar, “La noche boca arriba”, en donde presenciamos el destino de dos contrincantes, un jenízaro musulmán y un caballero cristiano, que pareciera que tienen más en común de lo que creen.

Espero que encuentren su cuento favorito en este número.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



El chamán del espray



Por: José Antonio Herrera



Todo estaba muy oscuro en aquel túnel del metro. Había sido relativamente sencillo colarse por aquella alcantarilla. Carlos, como cada sábado desde hacía ya más de seis años, había salido de casa con una intención clara y una mochila completamente llena de botes de spray de colores. Pero, al contrario que los días anteriores, aquel era un día especial: se haría su primer metro. A aquellas horas, sabía, por un amigo experto en metros, que habría una de aquellas magníficas máquinas estacionada en la zona a la que había accedido.

Estaba emocionado y mientras caminaba por aquel túnel en dirección hacia la máquina casi podía oír el palpitar de su corazón, debido a la adrenalina. Iba a ser una gran noche. Al fin llegó junto al vagón, estaba todo tranquilo. Inspiró y expiró profundamente varias veces para relajarse, y sonrió.

Abrió su mochila y extrajo varios botes, acababa de decidir lo que iba a pintar: un mamut. No sabía por qué había decidido pintar eso, pero una especie de revelación, en el último momento, parecía decirle que era lo que tenía que pintar. Sin pensarlo más, comenzó a pintar la base de la pieza que iba a dibujar en aquel vagón. Un sonido a cascabel inundó la estación subterránea. Le encantaba ese sonido, le hacía sentir bien.

Los trazos iban delineando la figura del mamut poco a poco. Al final, después de veinte minutos de duro trabajo, consiguió terminar su pieza. Era magnífica. Jamás había creado una pieza tan bella. Sacó el spray negro y estampó su firma justo debajo de ella: “GBS”.

Carlos sufría de una manía que solía aquejar a los grafiteros: necesitaba fotografiar todas sus piezas. Era algo instintivo, algo automático. Guardó los botes en la mochila, la cerró, y sacó su cámara de fotos digital del bolsillo derecho de su pantalón de chándal. Se echó la capucha de la sudadera hacia atrás, encendió su cámara de fotos y pulsó el botón. El flash inundó de luz la estancia.

—¿Quién anda ahí? —se oyó una voz gutural a no mucha distancia de allí.

Una linterna de gran potencia lo alumbró desde unos seis metros.

—Malditos grafiteros, delincuentes... —gruñó la voz— ven aquí, te voy a llevar a comisaría y vas a pagar la limpieza del vagón— amenazó.

Carlos no lo pensó dos veces, sabía exactamente lo que debía hacer si se le presentaba una situación como esta: correr. Y eso hizo, corrió con todas sus fuerzas en dirección contraria al guarda, que había iniciado una carrera en pos de él. Se le cayó la cámara de fotos, pero tenía que seguir corriendo, así que la dejó atrás.

Había contado con aquella posibilidad, su amigo le había dado un plano dibujado a lápiz de los túneles del metro, por si necesitaba huir. No era extraño que un guarda te descubriese en plena pintada, y había que estar preparado para ello. Carlos lo estaba. Había memorizado cada rincón de aquel mapa... pero no dejaba de ser un mapa dibujado a mano.

Cruzó una esquina, que se suponía que daba a otro túnel, pero resbaló por una cuesta, y en su estrepitosa caída, dio con la cabeza en la pared y quedó inconsciente.

*

La cabeza le dolía muchísimo. Carlos se incorporó como pudo sobre sus rodillas. Llevó una mano a la nuca, y notó el tacto de la sangre. Sangre seca. Debía de hacer un buen rato que se había caído por aquel túnel, pero algo no cuadraba. No estaba en los túneles del metro, donde debería estar, ni siquiera estaba en comisaría, donde seguramente lo habría llevado el guarda que lo perseguía cuando lo hubiera atrapado.

Miró asombrado y desorientado a su alrededor. Aquello era muy extraño, no sabía dónde estaba, aunque una cosa era segura: estaba en medio de una selva.

Carlos no conseguía salir de su asombro, pero decidió que debía ponerse en pie y buscar una salida de allí. No comprendía cómo había llegado hasta allí, pero allí estaba, y algo tendría que

hacer. Se puso en pie, y sacó de su mochila la navaja que había llevado al túnel del metro, por si tenía que cortar algo para acceder a los túneles. En aquella ocasión no le fue necesaria, pero estaba seguro de que en medio de una selva le sería bastante útil.

Llevaba más de dos horas avanzando por entre la densa flora selvática, cuando un ruido captó su atención. Parecía que hubiese alguien o algo siguiéndole muy de cerca, acechándole. Apretó su puño izquierdo y la navaja que llevaba en la mano derecha. Se quedó completamente quieto, tanto para percibir el más mínimo ruido, como por el temor que recorría cada milímetro de su cuerpo.

Escuchó cómo una rama crujía bajo una pisada y se volvió. Lo que vio fue demasiado. Se quedó paralizado. No era capaz de asimilar lo que tenía delante. Es cierto que lo había visto en libros, en películas e incluso en los dibujos animados que tanto gustaban a su hermano pequeño; pero no podía creer que lo estuviera viendo en ese momento, justo ante él. Se creía que esa especie estaba extinta hace ya mucho tiempo. Aquello era una locura...

La criatura no le dejó continuar con su reflexión. En un movimiento rápido, el dientes de sable recorrió la distancia que los separaba como alma que lleva el diablo, y saltó sobre él. Carlos había reaccionado justo a tiempo y se había lanzado a un lado, esquivando el ataque por una fracción de segundo.

Corrió hacia el árbol más cercano con aquella bestia persiguiéndole, y consiguió trepar fácilmente hasta una rama alta. Para ello le fueron útiles sus conocimientos de *parkour*, aquel deporte que David Belle pusiera de moda en Francia unos años antes, y que la película *Yamakasi* convirtiese en atractivo para jóvenes de muchos países.

Miró hacia abajo, con el corazón acelerado por la adrenalina y por el miedo. La criatura estaba allí mirándole fijamente. Lanzó un gruñido, y se encaramó de un salto al árbol.

Pues claro, pensó, los felinos son buenos trepando, soy idiota.

Carlos se veía perdido, pero su instinto de supervivencia emergió de repente. Sacó de su mochila un bote de spray y, empuñándolo en una mano y en la otra la navaja, se enfrentó a la bestia que estaba ya a muy poca distancia de él, trepando por el árbol. Apretó la boquilla del bote, y roció de pintura roja los ojos del dientes de sable. El animal le lanzó un zarpazo mortal, que consiguió esquivar por poco. Había cegado a la bestia y, aprovechando la confusión de esta, saltó sobre ella y le asestó una puñalada mortal en el cuello.

La bestia cayó, muerta, y Carlos cayó con ella. El golpe contra el suelo fue terrible, pero consiguió levantarse. Observó al monstruo al que acababa de dar muerte y aún no podía creerlo. Examinó su boca para asegurarse de que no era un simple tigre. Pero efectivamente, allí estaban aquellos dos largos colmillos. No había sido una mala pasada de su imaginación: era un dientes de sable.

Carlos estaba emocionado, a la vez que aterrado: ¿habría más criaturas como aquella en esa selva? Retomó su camino, dispuesto a salir de allí como fuera.

Llevaba tanto tiempo andando que cuando alcanzó el lugar donde terminaba aquella selva no podía creerlo. Salió por fin a la luz del sol, que la espesa vegetación le había impedido ver hasta ese momento. Cerró los ojos y respiró hondo, disfrutando de aquel momento, de aquella brisa, del calor del sol acariciando su rostro. El mejor momento que había pasado aquel extraño día.

Abrió los ojos y quedó asombrado. Otra vez no. No podía ser. No, no, no. Frente a él se extendía un gigantesco valle, en el cual había un lago también gigantesco. El problema era que el valle y el lago no eran lo único gigantesco allí. La fauna que se encontraba en torno al lago, seguramente para saciar su sed también era gigantesca. No eran seres desconocidos, los conocía a todos: triceratops, omeisaurus, hesperosaurus e incluso mamuts.

O se había vuelto muy loco o estaba en un lugar totalmente desconocido por la civilización. O quizás aquella película sobre un parque temático de dinosaurios no era una simple invención.

Todas las opciones eran altamente improbables, pero, al fin y al cabo, allí estaba él, y allí estaban los dinosaurios.

No sabía qué hacer, no sabía si salir al valle o quedarse en la selva. El sol comenzaba a ponerse y no tardaría en anochecer. Decidió que sería mejor pasar la noche en el límite de la selva, protegido del frío por la vegetación.

Después de una hora recogiendo leña, consiguió preparar una hoguera, que encendería más tarde, al pie de un árbol, justo debajo de donde dos ramas se cruzaban. Subió a esas ramas, que soportarían su peso, y allí preparó una superficie con otras ramas para dormir sobre ella.

Esperó a que anoheciera y encendió la hoguera. Volvió a subir a su improvisada cama y se acostó. Estaba tan cansado que no tardó en dormirse profundamente.

*

Se despertó con un golpe en la cabeza. Una piedra le había golpeado. Se incorporó mareado. —¿Pero qué...? —creyó decir, pero de su garganta salieron palabras en un idioma desconocido y bastante arcaico. Sin embargo, en su mente había sonado en su idioma.

—No te muevas— le contestó una voz autoritaria, en ese mismo idioma arcaico, que él entendió como si fuera el suyo.

Giró la cabeza y vio que estaba rodeado de cinco hombres vestidos con taparrabos y portando lanzas con puntas de piedra. Era una tribu prehistórica, había viajado al pasado, ya no le cabía ninguna duda. Había visto muchos documentales como para saber lo que eran.

—Baja del árbol despacio, vienes con nosotros, te llevaremos ante nuestro chamán— le ordenó el que parecía ser el líder.

Obedeció sin pensarlo, bajó despacio del árbol y camino con ellos despacio. El líder encabezaba la marcha; justo detrás iba él, con un hombre a cada lado y otros dos detrás.

Según le contaba el líder, estaban de caza cuando vieron el fuego. Inmediatamente se dirigieron al lugar, donde lo encontraron. El líder le preguntó de qué tribu era, y él contestó que no era de ninguna, que venía del futuro, de un tiempo aún por venir. El líder no pareció entenderlo, pero le dijo que el chamán decidiría si decía la verdad o no, y si tenía que morir o continuaba con vida. Carlos se puso tenso, no había contado con aquella posibilidad.

El camino fue largo, pero al fin, después de largas horas andando, llegaron a un pequeño poblado de chozas de barro y ramas. Un fuego estaba encendido en el centro de la pequeña aldea, compuesta únicamente de seis chozas, que formaban una especie semicírculo.

Le condujeron hasta una de aquellas cabañas, y le indicaron que entrara. Echó hacia un lado la piel de algún extraño animal, que no conocía, que tapaba la entrada a la choza. Dentro el humo era denso. Sentado en el suelo, con los ojos en blanco estaba un anciano, con la cara surcada de líneas de pintura roja, que parecía ser sangre, y en estado de trance. Su cuerpo dio una fuerte sacudida, tras la cual cerró los ojos y volvió a abrirlos, esta vez consciente del todo.

El anciano, de largo cabello blanco y barba espesa, miró a los ojos al recién llegado.

—Los espíritus de la tierra me han avisado de tu llegada, viajero. Me han dicho que vienes a enseñarme, pero no qué tengo que aprender de ti.

—Perdone, señor, pero no sé qué le puedo enseñar. Todo esto me supera, me parece haber viajado en el tiempo, lo cual es imposible, pero las cosas que he visto en esta tierra... no dejan lugar a muchas dudas. Necesito explicaciones...

—Pues me temo que no las conozco, joven. Quizás, con el tiempo, las encontremos. Los espíritus me han dicho que pasarás muchos años con nosotros. Y me han dicho que antes que nada he de llevarte a la cueva sagrada— dicho esto, el anciano se levantó con gran agilidad.

Carlos asintió. No sabía cómo iba a acabar todo aquello, pero aquel anciano sabía cosas, y no se había extrañado del viaje en el tiempo que le había mencionado. Además había algo en aquel hombre que le decía que era de fiar. Siguió al anciano cuando este salió de la cabaña.

Después de unos minutos caminando, llegaron ante una pequeña cueva formada en la roca, y atravesaron el umbral. Dentro, la galería parecía interminable. Caminaron por ella con antorchas en las manos hasta llegar al final, una cavidad redonda llena de representaciones de lo que parecían ser hombres y animales, aunque los dibujos no eran demasiado buenos.

—Maravilloso... —dijo en voz muy baja, casi para él mismo.

—Aquí está narrada toda nuestra historia, joven. La historia de nuestra tribu. Solo los chamanes contamos la historia. Para representarla usamos bayas, incluso a veces sangre y excrementos.

—Creo que ya sé lo que tengo que enseñarles— abriendo la mochila y sacando sus botes de espray.

Carlos se encaminó hacia una de las paredes de la cueva, bajo la atenta mirada del chamán. Agitó el primer bote, y comenzó a dibujar un mamut; la misma pieza que hiciera en el metro. La pieza tenía un toque hiperrealista. Cuando terminó, se volvió hacia el chamán, que estaba tremendamente sorprendido.

—Es... perfecto... —acertó a decir el anciano, maravillado.

—Creo que puedo enseñarte a hacer mejores representaciones— le prometió Carlos.

A partir de ese día, Carlos se convirtió en uno más de la tribu. Ayudaba en todo lo que podía, pero sobre todo dedicaba algunas horas a enseñar a dibujar al anciano. Llegó un momento en el que la técnica del anciano era ya increíblemente avanzada, y Carlos se dio por satisfecho.

Había pasado un año exacto de su llegada allí, y Carlos ya se sentía como en casa. Salió a dar un paseo por un bosque cercano. Mientras daba el paseo, andaba distraído pensando en su antigua vida, pues añoraba a sus amigos y familiares, aunque a decir verdad vivía feliz entre aquella gente. Tan distraído iba, que no vio aquella gran raíz que sobresalía del suelo, así que tropezó con ella. La mala suerte hizo que se golpeará la cabeza con una roca.

*

Carlos despertó aturdido. Alguien le estaba zarandeando.

—Eh, chaval, despierta— le dijo una voz desconocida.

Abrió los ojos y se encontró con la cara de un hombre muy cerca. Aquello era imposible: estaba frente al guarda del metro.

—Menos mal que estás bien, has estado a punto de meterme en un buen lío, chaval. Ahora tú y yo vamos a llamar a la policía para ver qué hacen contigo —le dijo el guarda.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—No más de cinco minutos, supongo. Es el tiempo que hace que te perdí de vista— le contestó el guarda, contrariado por la pregunta. —Supongo que hoy no te has salido con la tuya, eh— rio.

Carlos no respondió. Le estaba costando aceptar que todo aquello que había vivido, que le había parecido casi un año, no había sido más que un sueño o una alucinación.

*

Había pasado un mes y medio desde el día en que Carlos fue a pintar el metro. Aún seguía pareciéndole que todo lo que soñó había sido extrañamente real y vívido. No era capaz de olvidarlo. No podía quitárselo de la cabeza.

Estaba viendo las noticias, aunque tenía quitada la voz del televisor, mientras comía un bocadillo. Una noticia llamó su atención, así que dio la voz al aparato.

—Un extraño hallazgo trae de cabeza a los antropólogos y estudiosos de todo el mundo— decía la voz de la presentadora—. Al parecer, en una cueva de Madrid han encontrado pinturas prehistóricas. Hasta ahí, nada nuevo. Pero esta vez había algo increíble. Han encontrado un dibujo

de un mamut, de aspecto hiperrealista. Nunca habían encontrado algo como esto. Además, alrededor de este parece haber muchos más dibujos intentando imitarlo, aunque más pequeños. Algunos expertos dicen que podría ser una academia de arte de la prehistoria, otros niegan siquiera una posibilidad tan descabellada. Al no ponerse de acuerdo, comenzaron a hacer pruebas y han descubierto que los pigmentos utilizados en la pieza grande no se corresponden con los de las piezas más pequeñas. —¿Qué nos cuentan los expertos, Manuel? — preguntó la presentadora al enviado al lugar de los hechos.

—Pues según nos han informado, Paula, —contestó este— en un primer momento, debido a los pigmentos usados en esta pieza, se pensó en un posible acto de vandalismo, ya que coinciden con los pigmentos de los actuales botes de espray que usan los grafiteros. Pero tras hacerle la prueba del carbono 14, han decidido que era imposible que así fuese. Esa pieza tiene la misma antigüedad que el resto de esta misma cueva; es una pintura prehistórica. Es la obra de arte más avanzada de la prehistoria, al menos que se haya descubierto. El dominio de la técnica es maravilloso en ella. Desde luego, podemos decir que nos encontramos ante la obra del mayor artista de la prehistoria... Carlos no podía salir de su asombro: era cierto. No lo había soñado, había estado allí. Lo había vivido. No sabía cómo, pero había viajado en el tiempo. Y había vuelto.

Y, ahora que lo pensaba, las palabras que salían de la televisión le provocaban rabia: si lo hubiese pintado en el presente, habría sido considerado un acto vandálico; pero al haberlo pintado en la prehistoria, sería considerada una gran obra de arte...

Sin duda, el mundo del arte estaba lleno de hipocresía y sinsentidos.

A large advertisement for 'LIMA SHOW' featuring a collage of photos showing various party scenes, including people in costumes, dancing, and social gatherings. The central text is overlaid on a yellow and black background. The text includes the company name, services offered, contact numbers, and a social media link.

LIMA SHOW

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

/LIMASHOWBTL

SPK/NEUSUD

Aquel
maravilloso sueño
que fue
Alternworld



Por: Álvaro Casalino



“El más maravilloso de los sueños puede convertirse ahora en tu nueva realidad” al era el slogan con el que comenzó la campaña mediática por medio de la cual *Alternworld* se dio a conocer formalmente dentro del circuito comercial de videojuegos, luego de una serie de presentaciones experimentales que tuvieron lugar en unas cuantas exposiciones tecnológicas en donde la mayor parte del público pareció percibir dicho invento como una novedad curiosa, ciertamente interesante, pero sin viabilidad comercial alguna.

Pese a ello, Daniel Cross (creador y principal desarrollador de *Alternworld*) le tenía una fe casi totalmente ciega a su proyecto, estando plenamente convencido de que su última obra se convertiría en el futuro definitivo de la industria del entretenimiento, frente a la cual distracciones como el cine, la televisión o aun el propio internet (que por aquel entonces seguía estando vigente) quedarían completamente obsoletas.

La fecha del lanzamiento fue el 15 de noviembre del año 2033, tiempo en el que la narrativa convencional de los medios tradicionales había alcanzado tal estancamiento que las futuras generaciones parecían condenadas al aburrimiento total, habiéndose resignando muchos a tener que presenciar las mismas historias y fórmulas trilladas en cada obra de ficción reciente.

Frente a ello, *Alternworld* ofrecía el atractivo singular de ser capaz de crear a través de su programación no solamente un sinnúmero de nuevas historias, sino también de fundar una serie de “mundos” y complejas microrrealidades basándose únicamente en la imaginación, recuerdos y subconsciente de los jugadores.

Pese a tan atractivas promesas, los primeros intentos por comercializar *Alternworld* no obtuvieron los resultados esperados, en gran medida por el escepticismo que una buena parte del público mantenía con respecto a este nuevo artilugio, teniéndose la impresión casi generalizada de que se trataba apenas de una versión más avanzada de los dispositivos de realidad virtual desarrollados durante las décadas anteriores.





Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto
puedes colaborar con nosotros,
comprando publicidad o con las
donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual.... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

El aparente fracaso inicial de lo que él consideraba su obra maestra sumió a Daniel Cross (de apenas 35 años por aquel entonces) en un grave estado de depresión, durante el cual empezó a desarrollar una adicción por las sustancias alucinógenas experimentales: fue precisamente durante aquel tiempo desesperado cuando Cross tuvo la iniciativa de jugarse todo por el todo, invirtiendo el dinero que le quedaba en una segunda y mucho más ambiciosa entrega de *Alternworld*, destinada a superar largamente a su predecesora.

Pocas empresas se mostraron dispuestas a brindar su financiamiento y apoyo publicitario a lo que parecía ser una maniobra desesperada por un enloquecido desarrollador de videojuegos, pero de alguna manera Cross logró su objetivo, presentando la nueva y mejorada versión de *Alternworld* en enero del año 2035, contando (en contra de casi todo pronóstico) con un éxito inmediato.

El nuevo dispositivo requerido para el funcionamiento de *Alternworld 2* era mucho más pequeño y menos ostentoso que el anterior, contando con unas pequeñas cápsulas bastante similares a las que Cross había consumido durante su más crítico periodo de adicción; estas debían conectarse en las palmas o en el lóbulo de las orejas de los jugadores.

Las nuevas realidades propuestas por la segunda versión de *Alternworld* eran mucho más intensas y vividas que las de su predecesora: esta vez, el factor de la imaginación no tenía tanto peso como los estímulos que podían ser generados por los deseos inconscientes de los jugadores, brindándoles así la posibilidad de fabricar incontables paraísos decadentes y enfermizos, carentes de cualquier tipo de regla o moralidad.

Dentro de *Alternworld 2*, cada tabú podía ser roto una y otra vez con la más absoluta impunidad, y cada fantasía sexual (sin importar cuán degenerada fuese) podía ser consumada hasta la última de las consecuencias, sin necesidad de que nadie tuviese que abandonar la cómoda privacidad de sus respectivos hogares.

Los nuevos niveles de autocomplacencia que *Alternworld 2* era capaz de brindar superaron cualquier límite antes establecido, y fue solo cuestión de tiempo para que el juego de la temporada llegase a convertirse en la adicción definitiva, eclipsando a escapismos tales como el cine,



la televisión, el internet y los demás videojuegos... Incluso el factor estimulante de las drogas alucinógenas había empezado a perder su atractivo ante semejante competencia.

Muchas figuras importantes (entre las que estaban incluidos numerosos políticos y pensadores) se pronunciaron entonces en contra de las depravadas irrealidades producidas por *Alternworld 2*, título que ya había dejado de ser considerado como un simple juego para pasar a convertirse en una especie de fenómeno social.

Numerosos psicólogos y feministas opinaban que los estímulos sin restricción de *Alternworld 2* generaban una insensibilización entre los jóvenes y los volvía totalmente despreocupados con respecto a problemáticas como la pedofilia y la violencia sexual... Pero pese a todas estas críticas, la popularidad de la creación de Daniel Cross no decreció en lo más mínimo a lo largo de las siguientes décadas.

Ya para el año 2040, la tercera entrega de *Alternworld* se cobró a su primera víctima... Un hombre de Wisconsin llamado Roger Mills, quien debido a una falla de programación de la copia del juego que había descargado ilegalmente, llegó a vivir cerca de unos 340 años dentro de una realidad ficticia hasta ser desconectado de su respectivo dispositivo por uno de sus parientes cercanos. Mills, confundido y asustado al encontrarse nuevamente en una realidad que ya no era capaz de comprender al haber permanecido en *Alternworld 3* por más de tres siglos, optó por acabar con su vida lanzándose desde lo alto de un edificio cercano, en un intento desesperado por regresar a su existencia de ensueño.

A raíz del escándalo producido por tal acontecimiento, el gobierno de la época prohibió la comercialización de *Alternworld*, aunque ello no impidió que numerosas copias siguiesen distribuyéndose de manera ilegal, incluso después del cierre de la compañía presidida por Daniel Cross en el año 2045, luego de una serie de juicios y escándalos vinculados a una serie de muertes y accidentes relacionados con estas versiones piratas de *Alternworld 2* y *3*.

Entre los casos más notables, se encontraban los de una mujer en California que había permanecido conectada a su dispositivo por tres semanas seguidas, dejándose llevar por la realidad simulada hasta un punto letal.

También estaba el caso de una pareja joven coreana que había asfixiado a su hijo de cuatro años luego de que este los hubiese desconectado accidentalmente de su respectiva copia de *Alternworld*.

El propio Daniel Cross tampoco salió incólume de semejante caos, y recayó una vez más en su adicción por las sustancias alucinógenas, de producción cada vez más escasa debido al enorme éxito de las dos últimas entregas de *Alternworld*, cuya reciente prohibición no hizo sino volverlo todavía más popular entre la mayor parte de la población, la cual consideraba al mundo real como una experiencia tan desagradable que ya resultaba casi imposible de sobrellevar.

La mayor parte de los dispositivos requeridos para vivir la maravillosa experiencia de *Alternworld* se comerciaban únicamente al margen de la ley, y muchos eran bastante defectuosos en su funcionamiento, factor que provocó la muerte de numerosos adictos, cuyo único consuelo fue el de morir dentro de sus respectivas fantasías.

Daniel Cross, privado desde el año 2048 de sus preciadas drogas alucinógenas debido a que estas ya habían dejado de producirse por completo, no tuvo más opción que adquirir uno de aquellos dispositivos piratas, con tal de tener algo con qué evadir su miserable realidad: para su sorpresa, tal dispositivo resultó ser una versión alterada de uno de los complicados equipos requeridos para el funcionamiento de la ya casi completamente olvidada primera entrega de *Alternworld*.

Por suerte para él, la operación de dicha máquina no tuvo mayores complicaciones, y se permitió de esa manera ingresar a su propio mundo fantástico, privilegio ilusorio que él mismo no se había permitido gozar desde el año 2038, fecha desde la cual había dejado de involucrarse directamente con el negocio de los mundos virtuales ilimitados.

Dentro de la simulación, Cross fue capaz de experimentar por primera vez en mucho tiempo un sentimiento que ya casi creía olvidado... Aquello era algo parecido a la felicidad, aunque más bien podría definirse como la satisfacción con uno mismo, propia de quien siente que tiene todo aquello que podría desear en la vida: el suyo fue un sueño largo, maravilloso y alocado, que pareció durar siglos, acaso tal vez milenios, durante los cuales Daniel Cross se permitió fundar ciudades enteras, tener varias familias, entablar contacto con numerosas especies de seres provenientes de otros planetas y dimensiones (también imaginados por él mismo) e incluso tuvo la dicha de conocer personalmente a Dios y sentarse en su regazo.

En su ensoñación, Daniel Cross amó y fue amado, y en ningún momento de su vida imaginaria estuvo solo ni tampoco experimentó aquel horrible vacío tantas veces sufrido en el mundo real.

Alternworld se volvió su paraíso y utopía, y llegó a ser también su último destino al decidir de forma plenamente consciente que nunca más querría despertar de tal fantasía.

Fue por ello que jamás desconectó el tosco dispositivo adherido al lóbulo de su oreja izquierda, y experimentó las maravillas de una versión pirata de *Alternworld* por casi un mes entero, al término del cual su cuerpo sucumbió finalmente a causa de la inanición y sus restos quedaron corrompidos como el único testimonio en esta tierra de la existencia de quien en vida fuese el creador de aquel máximo juego, que había logrado volver completamente obsoletos a la televisión y el cine... El más grande fenómeno social tecnológico de los últimos tiempos, *Alternworld*, la adicción definitiva, por medio de la cual los sueños podían convertirse en nuevas y perfectas realidades, dentro de las cuales muchos elegían perecer, muriendo así plenamente satisfechos, casi felices.



Solo quiero un pedazo de carne

Por: Lenin Solano





enía las extremidades amarradas a la cama. Desesperada, gritaba y se movía con fuerza, luchando por desatarse. Se agitaba, babeaba y gritaba enfurecida. Su rostro se había deformado. Ya no era la mujer de la que alguna vez te enamoraste y quien te dio una hija. Ahora estaba infectada.

¿Cómo empezó? No lo sabías y tampoco te interesaba saberlo ahora. Lo único que querías era sobrevivir y que tu hija no se infectase. Además, conservabas la esperanza de que algún día se encontrase la cura y que tu mujer pudiera también volver a la normalidad.

Cada día era una lucha constante. Tenías que salir de tu departamento del tercer piso y bajar con tu escopeta hasta el sótano, en donde había un almacén del centro comercial que estaba en el primer piso. Lo bueno de los infectados era que no comían alimentos, lo malo era que querían devorarte apenas te veían. Tres veces estuviste a punto de morir bajo las mandíbulas de aquellos putrefactos humanos, pero las tres veces el destino, la escopeta y tu buena puntería te salvaron.

Hoy era otro día de esos: tenías que bajar a buscar alimento. Una vez en el sótano, debías coger toda la comida posible, pero sin hacer el menor ruido, sino la masa de pútridos humanos vendría a devorarte. Te aseguraste de que las ataduras de tu mujer estuvieran bien hechas y cerraste la puerta del cuarto. Te dirigiste a tu hija, quien jugaba en la sala con sus muñecas y juguetes, y la abrazaste con fuerza. Temías dejarla sola, a merced de su madre, pero era peor salir con ella.

—Mi amor, ten cuidado. No te acerques por nada al cuarto, solo espérame aquí hasta que yo llegue. No abras la puerta por nada del mundo, salvo que escuches mi voz. No te asomes a las ventanas y no hagas ruido mientras no estoy.

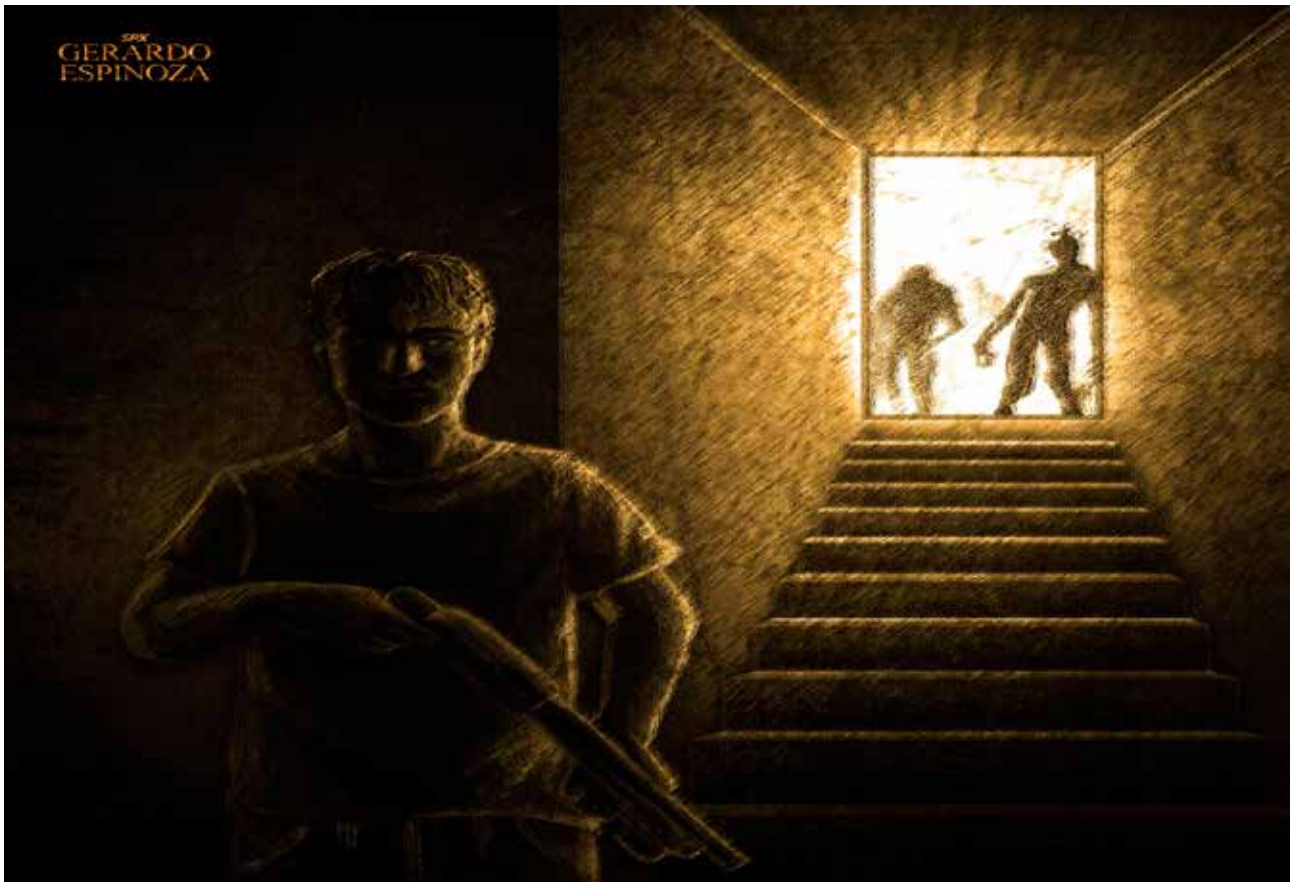
—No te preocupes, papi. Aquí te espero y también cuidaré a mami.

Sentiste pena y desolación al escuchar esas palabras. Cogiste la escopeta, acariciaste los cabellos de tu hija y saliste sin estar seguro de que volverías.

Bajar al sótano siempre te hacía temblar de pies a cabeza. El sudor bañaba tus mejillas y te caía por el pecho. Mirabas nervioso a todos lados manteniendo la escopeta apuntando hacia adelante. Al menor ruido que escuchabas, te ponías alerta. Lo más recomendable era no disparar hasta el último momento, pues el ruido atraía a los infectados. A lo lejos, escuchabas su caminar pausado y aquellos sonidos guturales que te producían escalofríos. Lo mejor era bajar rápido, pero sin ruido. Llegaste a los estantes de enlatados y metiste con prisa todo lo que tuviste al alcance de la mano. Mirabas atemorizado a todos lados y, cuando llenaste la mochila, saliste corriendo. Sin embargo, te distrajo ver a un lado de la puerta algunas cajas de arroz. Ese fue tu error. Al coger una, apresurado, empujaste con fuerza el estante y este se vino abajo con estrépito. El terror te hizo dar un sobresalto y correr en dirección al tercer piso. Sin embargo, al llegar al segundo, viste dos pútridos humanos bajar en dirección hacia ti. ¿Qué hacer? No había otro camino y no podías bajar porque sabías que, para ese momento, el sótano ya estaría invadido de infectados. ¿Qué harías para conseguir alimento de ahora en adelante? Uno de ellos se abalanzó hacia ti y no te quedó más remedio que levantar la escopeta y dispararle. La bala le atravesó el pecho, pero volvió a levantarse. ¿Eran inmortales? Escuchaste pasos que subían hacia el segundo piso y sabías que, si no te deshacías de ellos, serías el alimento de aquellos monstruos en pocos minutos. Tres balazos más los hicieron caer de lado y aprovechaste ese momento para correr hacia el tercer piso. Abriste la puerta con las manos temblorosas y escuchaste que muchos pasos se aproximaban hacia ti. ¿Cómo mierda saldrías ahora? Cerraste la puerta con violencia y en ese instante escuchaste los gritos. Corriste hacia la sala y viste, con horror, que tu mujer tenía a tu hija cogida por el cuello y estaba a punto de clavarle los dientes.

—¡No! ¡Suéltala!

Giró la cabeza, al escuchar el grito, y aprovechaste para asestarle un derechazo en plena boca. Sentiste un agudo dolor en tu puño, pero, al ver a tu hija libre, continuaste golpeándola. Viste que le faltaba un brazo y comprendiste que había forcejeado con las ataduras. Seguramente, en su desesperación por liberarse, una de sus podridas extremidades había sido arrancada. Se levantó e intentó atacarte, pero la ira hizo que continuases golpeándola hasta reventarle la cara, partirle los



huesos de las piernas, del único brazo que le quedaba y, finalmente, levantar la escopeta y apuntarle a la cabeza. Lloraste con amargura, pero sabías que era la única solución, que nada la salvaría y que era mejor desaparecerla. Cerrando los ojos, disparaste y el sonido de la bala se mezcló con el ahogado grito de tu hija. Te levantaste, embarrado de sangre y con el cuerpo invadido por un dolor extraño. Todo fue muy rápido. En segundos, sentiste que la cabeza te daba vueltas y de pronto tuviste un hambre incontrolable. Fue ahí cuando observaste tu puño y viste que tenías una herida sangrante y un diente clavado en uno de los nudillos. Retiraste el diente que había pertenecido a tu mujer y comprendiste que era muy tarde, que tú también estabas infectado y que todo había terminado. Lloraste con dolor, gritando y cogiéndote el rostro.

—Papi, ¿estás bien?

La miraste con desconsuelo y la abrazaste fuertemente. ¿Qué pasaría con ella? ¿Moriría de hambre luego de que las provisiones se acabasen? ¿Y luego qué? ¿Saldría a buscar comida y sería devorada por esos asquerosos monstruos? La besaste con ternura y le diste un fuerte abrazo. Luego le diste otro beso que duró más tiempo. Luego le mordiste suavemente la oreja y le pasaste la lengua por el rostro. Inmediatamente la mente se te nubló y no pensaste más. Solo sentías el incontrolable deseo por comer y por eso le arrancaste la oreja, le introdujiste los caninos en los glóbulos oculares y luego le arrancaste la nariz de un poderoso mordisco. Tragaste con satisfacción y no escuchaste sus gritos, los cuales se apagaron a los pocos segundos de que mordiste su delicado cuello y le arrancaste las venas y absorbiste la sangre que manaba de su yugular. Estabas feliz pues, de ahora en adelante, ya no tendrías que escapar cada vez que tuvieras hambre.



The Taming of the Snake



Por: GlauconarYue



La niña espera, junto a la ventana rota sobre el banco de roca, observa por el hueco del que vienen luz y viento un paisaje de pasto seco y árboles muertos. La niña de vestido blanco, cabello rubio sujeto, espera entre las sombras del palacio en ruinas.

Llegan los mensajeros: dos hombres con sombrero de ala ancha y saco largo, botas.

Uno alto de piel gris, no se le ven los ojos, otro bajo, mal afeitado, jorobado y con corbata.

—¿Doctor? —pregunta ella con voz melodiosa e ingenua.

—Lo siento —contesta el hombre alto— solo somos sus representantes. El doctor está muy ocupado.

—Me dijeron que lo esperase aquí...

—Nosotros le atenderemos— la voz es gris como su piel, la niña se preocupa.

—La situación... es complicada. Solo quería explicársela al doctor...

—Explíquenosla —tose el hombre bajo. Su cara viscosa se retuerce.

—¿De veras no hay forma de que vea al doctor?

—No —corta el jorobado.

—Lo sentimos, señorita. No puede atenderla, nos mandó en su lugar.

—Lo veré en otra ocasión entonces —dice ella. —Prefiero esperar—. Mira a un lado y entrecruza los brazos.

—Con su permiso, no es conveniente esperar en casos como los nuestros.

Ella se voltea. Les da la espalda y calla y ellos no se mueven. Gime y les da la cara deshecha en lágrimas.

—Mi... mi querido lo es todo... Daría lo que sea por él. Pero ha desaparecido. Las señales... dicen que es la maldición del incubo. He oído que el doctor es el único que puede salvarlo. Por favor... tráiganlo de vuelta... Ayúdenle...

—Ha venido a la persona indicada.

—Íncubo, incubo— murmura el hombre bajo, mientras la sombra empieza a cubrirlo.

—El doctor es cazador de monstruos experto. Yo y mi compañero somos pruebas vivientes de su trabajo.

—¿Qué quiere a cambio? — se apresura ella.

—Nada— los ojos del alto brillan rojizos —Solo el monstruo.

—¿Cuál monstruo?

—¡El incubo! — sisea el jorobado mientras fija sus ojos en un insecto.

—¡Esperen! — grita ella—. Mi querido no es ningún monstruo al que haya que aniquilar. ¡No se atrevan a tocarlo! Es la persona más valiosa en este mundo...

—No vamos a aniquilar a nadie. Aunque a pesar suyo esta persona sí sea un monstruo, todo lo que hará el doctor será domarle. Como a nosotros...

El hombre gris despliega un par de alas cenicientas con quemaduras en forma de letras antiguas. El otro estira su lengua para tragar al bicho.

Gracias, pero no puedo aceptar su oferta. No es lo que busco. Hagan el favor de marcharse.

—No tiene opción... —gruñe el gordo a boca llena.

—Lamento su decisión, señorita. No veo qué más pueda hacer. De todas formas, no dude en llamarnos si recapacita.

Lloré la noche entera, lloré a mi amado como si hubiera muerto, pues casi lo había perdido para siempre y aun así no habríamos de morir juntos ni reencontrarnos en el otro mundo, porque su alma estaba condenada. Mis gemidos resonaban bajo la cúpula oscura mientras tropezaba con las columnas y casi a mi pesar me esforzaba en hacer fuego para seguir adelante, aún debía buscarlo con esta llaga eterna, aún debía vivir aunque no supiese cuán vivo estaba él. Mi amado, mi querido, mi único.



*Tan puro fue nuestro amor
Solo le conocí por una carta
La leí tantas veces girando en mi cama, danzando con ella en las manos frente a la ventana
abierta*

*Al séptimo día le respondí con trazos acelerados
Eran los mismos latidos de mi corazón los que enardecían mi mano
No supe lo que había escrito hasta haberlo mandado
¿Y si no lo entendía?
¿Y si la carta no llegaba?
Me deshice en angustia observando la luna
Pero entonces llegó su rosa blanca
Me apegué tanto a su olor, la puse frente a mi cama en el vaso de agua, sobre sus pétalos
en pensamientos dibujaba los tantos hermosos rostros que podría tener mi amado, ya mi único por
siempre*

*Fue infinito mi miedo el día de primavera en el jardín
Flanqueando las estatuas de mármol estaba el laberinto
¿Y si lo confundía?
¿Y si no era como lo soñé?
Pero lo había soñado de todas las formas posibles y sabría quién era, porque conocía su
alma clara como un río helado en todas sus cartas que guardaba bajo mi colchón y ya lo hacían más
alto*

*Nos vimos en la recta más larga entre las hierbas
Era más hermoso de cómo jamás osé creer
A cada paso se me volcaba el corazón
Su voz me partiría como cáscara de huevo*

Pero al fin me abrazó y me desvanecí

Poco a poco pudimos acercarnos

Besarnos fue casi pecaminoso

Le lloré arrodillada en las frías rocas cubiertas de musgo hasta que mis mejillas ardían de tanto humedecerse. Desperté asustada sin saber que había dormido. Estaba echada bocabajo sobre el musgoso suelo de piedra de un palacio gótico, entre las cinco columnas de una bóveda. Mi fuego seguía ardiendo y mi amado no estaba. Volví a llorar.

Me desperté otra vez, sobresaltada, poco antes que el sol. Con la mente en blanco, casi insomne, eché a andar. Le había dicho al chofer que no me esperase ni recogiese. Cuando llegué al pueblo era mediodía. Me di cuenta de que me había ensuciado y que tenía mucha hambre. Nunca había caminado tanto, y ni siquiera lo noté mientras lo hacía. Tragué un gran plato de lentejas y seguí de largo a la biblioteca. Ahí busqué por horas. Poco hallé sobre la naturaleza del incubo, nada sobre cómo revertir su maldición, pero sí cómo hallarlo. Lo hallé a él.

Los arbustos habían crecido a monstruosos árboles deformes, entreverados con escombros de estatuas muertas. El laberinto era ahora intransitable y espinoso, todo absurdo y decapitado. El cielo nocturno era un techo negro cortando todo escape. Me moría de frío, mi piel se puso de gallina, mis manos temblaban. No, realmente no deseaba verlo, quizá prefería no verlo nunca más a verlo en ese estado, pero sin verlo no podría vivir. Aun poder odiarlo me hacía tanta falta. Llamé su nombre.

Lo sentí moverse. Algo se arrastraba por los oscuros matorrales, giraba a mi alrededor y regresaba, cada vez más rápido, mis ojos nunca lo alcanzaron pero oía sus escamas deslizarse, aunque ya no supiera hacia dónde y me atacó. La corriente negra volvió a disparar hacia los arbustos y siguió abriéndose paso entre ellos. Había partido el hombro de mi vestido y dejado un líquido viscoso encima. Seguía rondándome ahora, de alguna manera acercándose, envolviéndome, todo se llenaba del hedor salado del líquido, me asfixiaba; eché a correr desesperada, rasgando mi vestido entre los arbustos, aunque ya no pudiese encontrarlo jamás a él en aquel dédalo, la salida seguía siendo la misma por la que había entrado hace un año; ahora la dejaba. Volvía al jardín nocturno, la fuente apagada y seca y los árboles desnudos, corrí hasta la reja de la salida y cogí el teléfono público. Eché todas las monedas que tenía y giré el disco, desesperando en cada vuelta hasta que retornase a su posición. El metálico timbre sonó siete veces.

—¿Aló? —contestó una suave voz de mujer.

—¡Necesito hablar con el doctor! ¡Es urgente!

—Por favor, intente calmarse. Dígame, ¿cuál es su situación?

—Mi... ¡El incubo, es el incubo, es un monstruo, por favor, ayúdenme!

—No se preocupe, tenemos los datos de su caso. ¿Desea que intervengamos?

—¡Sí, pronto, pásame con el doctor, por favor!

—A su lado ya deberían estar dos representantes nuestros. Le darán a firmar unos documentos y estabilizarán la situación. Gracias por llamar.

La niña se queda con el zumbido del auricular entre sus dedos. Voltea lentamente y ve al hombre alto y gris junto con una mujer de cabello blanco y vestido negro, frente a la puerta del laberinto. Cuelga dudosa el teléfono y echa a correr sin notar los chillidos del cambio.

La mujer tiene los ojos lechosos y tres letras azules tatuadas en su rostro. El hombre gris lleva unos papeles y una pluma.

—Firme sobre la línea, por favor —dice ella con voz suave.

La niña la mira desconcertada por un momento, luego pregunta al hombre gris:

—¿Va a estar bien?

—No se preocupe, señorita, no le haremos daño.

La niña firma velozmente sin leer, arrugando el papel.

—Muchas gracias por confiar en nosotros. El doctor llegará en cualquier momento.

El hombre gris le da un pañuelo a la niña y le lleva a sentarse en un banco de piedra. Pero pronto la deja para ir a abrir las rejas por las que entra un señor de abrigo de piel negro, barba crespa y sombrero redondo, llevando rollos bajo el brazo. Ambos emisarios se sitúan a sendos lados suyos y avanzan hacia los matorrales. A una palabra los arbustos se desenredan y todo el laberinto se deshace. Y en medio del gran terreno marchito queda desnuda la enorme serpiente negra. Se retuerce una vez más sobre sí misma y luego se abalanza hacia la mujer de negro, pero alrededor de esta hay ya una inmaterial esfera de fuego y el monstruo rebota contra ella y retrocede, pero ya no tiene dónde esconderse. La niña nota en la punta de la cola una forma, casi como un torso y un cabeza. ¿Será posible? Se levanta. Pero el doctor ha abierto sus pergaminos y habla en un lenguaje antiguo. Alrededor de la criatura se traza un círculo ardiente. La niña corre hasta el hombre gris y coge su brazo, no sé qué es lo que he hecho, ¿qué le sucederá?

—El contrato lo dice. Recuperará la razón y mantendrá su forma.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es el ícubo?

—Es una situación corporal causada por necesidades inherentes como comer o respirar. Solo hay dos formas de dominarla. El doctor le está ofreciendo la más segura.

Finalmente la criatura está rodeada de palabras, encerrada en la geometría sagrada inclina su cabeza ante el sabio y este le graba cuatro letras en la frente. Y pude entonces ver su otro extremo levantarse otra vez, tomando forma y, oh dolor, tenía el rostro de mi amado, pero con una calma y frialdad inhumanas. Y llamó al doctor su amo y luego me saludó a mí, casi sin mirarme.

—Lo siento tanto mi amor —grité. Corrí hasta él, me abracé a su torso desnudo y frío, llorando. Él no hizo gesto alguno. ¿Qué fue lo que hice mal, querido? ¿Cómo te hice este daño? ¿Fue por nuestro amor?

—No fue su culpa ni la tuya, es algo que yo no supe controlar. Nuestro amor pudo haberlo parado, si hubieses sabido qué hacer. Pero habría cambiado para siempre... Y aun así, habría sobrevivido.

—Mi amor aún sobrevive, te amo más que a nada, por favor no digas eso.

Él hizo un gesto al doctor y este meneó la cabeza.

—Lo siento, ya no puedo. Debemos irnos.

Voltea y sigue al doctor y a sus sirvientes hacia la salida. Pero en nombre tuyo, ya mi único, mi eterno, lo sacrifico todo, incluso la blancura de mi rosa. Sé que no eres ni jamás fuiste tú el que lo deseó, que tus deseos no son ni tu razón ni tu forma. Si es por curarte, desgarré mi vestido y me desnudé en medio de esta noche, y cortando entre mis pechos dejé brotar la sangre que mancilla mis vestiduras y planta un nuevo laberinto de los dos. Ven a mí, amado mío, pues ya sé al fin cómo domar tu serpiente.



La cruz y la media luna

Por: Ramiro Chávez





El jenízaro despertó súbitamente y lo invadió el deseo de recordar lo soñado, pero los oníricos recuerdos inmediatos se habían esfumado. La aurora filtraba sus cálidos rayos por algunas aberturas de su tienda. El guerrero se levantó y cubrió su cuerpo con un largo y ligero traje, su cabeza con un blanco turbante y empuñando su curva cimitarra salió al campo.

Lejos de la tierra natal, el jenízaro ha llegado hasta el corazón de Europa con la finalidad de derrotar a los infieles contrarios a la ley mahometana. Existía total confianza en que su amo, el sultán, los llevaría a la victoria una vez más. Ahora eran los siervos de Alá los que hacían una campaña para conquistar a los territorios cristianos, como hace tiempo la habían hecho los caballeros templarios con sus cruzadas.

Reclutado desde la niñez en el ejército, el jenízaro había guerreado venciendo una y otra vez a los ejércitos cristianos, asolando el continente y avasallando a cuantos se le cruzaran en el camino, el miedo a la muerte no estaba presente porque según el Corán la recompensa por combatir en una guerra santa sería el cielo. Varias hazañas suyas habían sido felicitadas por sus jefes y alguna vez hasta por el mismo sultán, mas el jenízaro lo único que hacía era sobrevivir con el anhelo de volver a su hogar.

Poco después del amanecer, los ejércitos se pusieron frente a frente, a lo poco chocaron sus armas en la planicie, la cual cubrió su verde pasto con sangre. La cruz y la media luna se enfrentaban en una batalla que no sería la última.

En medio de la contienda, aquel jenízaro pudo distinguir, o más bien le llamó la atención, el rostro de un infiel que le parecía en extremo familiar. El cristiano arremetía a sus enemigos con su espada y de pronto cargó en dirección al jenízaro. En ese momento, el tiempo comenzó a transcurrir lentamente. Una sensación parecida a estar viendo un espejo lo sobrecogió.

2

Despertó el caballero, su tienda era una de las muchas del campamento asentado en aquella llanura que dentro de unas horas se transformarían en teatro de una sangrienta confrontación. Cristianos contra mahometanos, la cruz contra la media luna, y cada uno creía tener a Dios de su lado. ¿Sería Europa capaz de repetir la hazaña de Carlos Martel en Pointers y detener el avance mahometano, o acaso esta vez caería en manos de los otomanos?

Había tenido el caballero un sueño que no logró recordar, tenía la impresión de haber dormido poco o casi nada, despertó angustiado y con un frío sudor que recorría todo su cuerpo. Rezó encomendándose a Dios. El cielo le esperaba si peleaba por defender las enseñanzas de Cristo.

Ayudado por un escudero comenzó a vestirse para la batalla. Al fin salió al campo y montó sobre el negro corcel. Con impaciencia esperó que la contienda diera inicio, no por sed de sangre, sino por el deseo que todo acabara lo más pronto posible. Días antes había escuchado el sermón del obispo y recibido la absolución. Debía proteger estas tierras y al cristianismo con su vida.

Ambos ejércitos se pusieron frente a frente en la planicie, bañados por los últimos rayos del alba. Y de pronto, los gritos de guerra retumbaron. Los seguidores del Profeta y los hijos del carpintero de Nazaret luchaban una vez más, los primeros por seguir extendiéndose y los segundos para evitar ese avance.

En el fragor del sangriento encuentro, el jinete cristiano cargó a toda carrera contra los otomanos, su lanza se tiñó de sangre, rabioso caía sobre uno y otro. Alguien lo derribó de su caballo, pero aun así se recompuso y siguió peleando. De pronto, al ir en dirección de un soldado enemigo, divisó en su rostro rasgos que lo inquietaron. Como una vorágine, las imágenes de un recuerdo reciente pasaban por su mente. Le hicieron desconcentrarse un instante.

Pronto todo se puso en orden y el caballero supo a qué correspondían aquellas caóticas imágenes. Perteneían al sueño que no pudo recordar la noche anterior a la batalla; en aquel sueño las cosas estaban en sentido contrario: él vestía ropas de jenízaro y estaba armado con una cimitarra y el jenízaro, vistiendo como jinete cristiano, arremetía con su acero. Y lo mismo ocurría con el jenízaro, los oníricos recuerdos de la última noche confluían vertiginosamente a su mente, y en estos también las cosas iban en sentido contrario; en el sueño, el jenízaro iba con espada en mano y una cruz adornando su pecho mientras el cristiano vestía larga túnica con turbante y empuñaba una cimitarra.

La espada se enterró profundamente en el pecho del jenízaro y la cimitarra abrió el estómago del cristiano.

Pasados los hechos, los cadáveres de los caídos en batalla permanecieron en el campo hasta el anochecer. En la oscuridad, un grupo de ladrones robó la mayor parte de las pertenencias de los dos guerreros caídos. A la mañana siguiente, los soldados que fueron a recoger sus cuerpos los encontraron tan parecidos que no supieron cuál era cuál.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

II Convocatoria

Se reciben cuentos para la revista:



Huerto, Arana, Campos, De la Torre, Güich, Honores, Rothgiesser, Salvo, Arteaga
- Comité Editorial -

Los pueden mandar al correo:
relatos@acuedi.org

Para consultar las bases:
www.relatosincreibles.com

Fecha final:
Lunes 29 de febrero del 2016

Día de caza

Por: José A. González





Dani apagó el televisor. Estaba harto de la misma luminiscencia blanca que le provocaba a menudo escozor en los ojos. Se levantó del sillón y caminó hacia la cocina con la intención de picar algo. Su madre estaba de espaldas en el fregadero. Subía y bajaba los brazos rítmicamente y le goteaba sangre de los codos. Resbalaba en el borde de granito de la encimera y formaba pequeños charcos en el suelo sucio.

—¿Otra vez carne, mamá?

La madre se volvió distraídamente y miró a Dani. Al retirarse un poco, el chico pudo ver la pila de vísceras frescas amontonada sobre el mostrador. Dentro del fregadero estaba la olla lista para la cocción.

—Ya sabes que no hay otra cosa. ¿Quieres un bocado? —Contestó la madre al tiempo que le mostraba a Dani el cuchillo de cortar con un trozo de sustancia sanguinolenta trinchada en la punta. Dani cogió el pedazo de carne y lo engulló con ganas. La carne cruda es áspera y dura de masticar, pero te acabas acostumbrando tanto a su sabor que cuando la comes cocinada pierde parte de su esencia.

—No deberías mirar tanto tiempo la televisión, te quedarás ciego. —Dijo la madre volviéndose otra vez a sus quehaceres. Dani tragó casi de una pieza el trozo de carne y señaló al montón de casquería. Las moscas comenzaban a arremolinarse y posarse sobre aquellos despojos. —¿Eso es para papá y los chicos? —Preguntó.

—No, es lo que queda. Es para nosotros dos.

—Bebo no ha comido.

—Bebo tendrá que conformarse hoy con roer los huesos.

Dani hizo ademán de salir por la puerta de la cocina, pero su madre lo agarró por la manga de la camiseta en un rápido movimiento. A pesar de la edad y los kilos acumulados, a veces mami podía ser sorprendentemente ágil.

—Necesitamos más comida.

—¡Jo...! —Dani hizo una mueca de disgusto. Su planteamiento del día incluía una mañana de saltos y retozos en el patio trasero junto a Bebo y tal vez un chapuzón en la alberca. Había llovido todo el fin de semana y estaba casi llena de agua. A mami no le gustaba que Dani se bañase en aquel agujero de cemento. Decía que con la comida y la bebida no se jugaba, pero Dani pensaba que si no le importaba beberse esa agua turbia y verdosa llena de tierra tampoco debería importarle que él se bañase allí dentro. Al fin y al cabo, el agua seguiría estando igual de sucia y, en cambio, Dani saldría algo más limpio.

—¿Qué te he dicho sobre decir palabrotas? —Su madre le propinó un ligero azote en la mejilla derecha seguido de un sonoro beso en la izquierda. —Si vuelves pronto, te dejaré ver la tele hasta tarde. Y después podrás ir a jugar un rato con tus hermanos, siempre que no molestes a papi.

—Está bien, mami. —Dani le devolvió el beso y salió de la cocina. No le hacía demasiada ilusión la perspectiva de ir a jugar con sus hermanos, últimamente estaban más revoltosos de lo normal y a veces le hacían daño, pero sabía que su madre se disgustaba mucho si Dani no pasaba tiempo con ellos. Siempre decía que un niño que juega solo no es un niño sano, y que la familia era la cosa más importante del mundo.

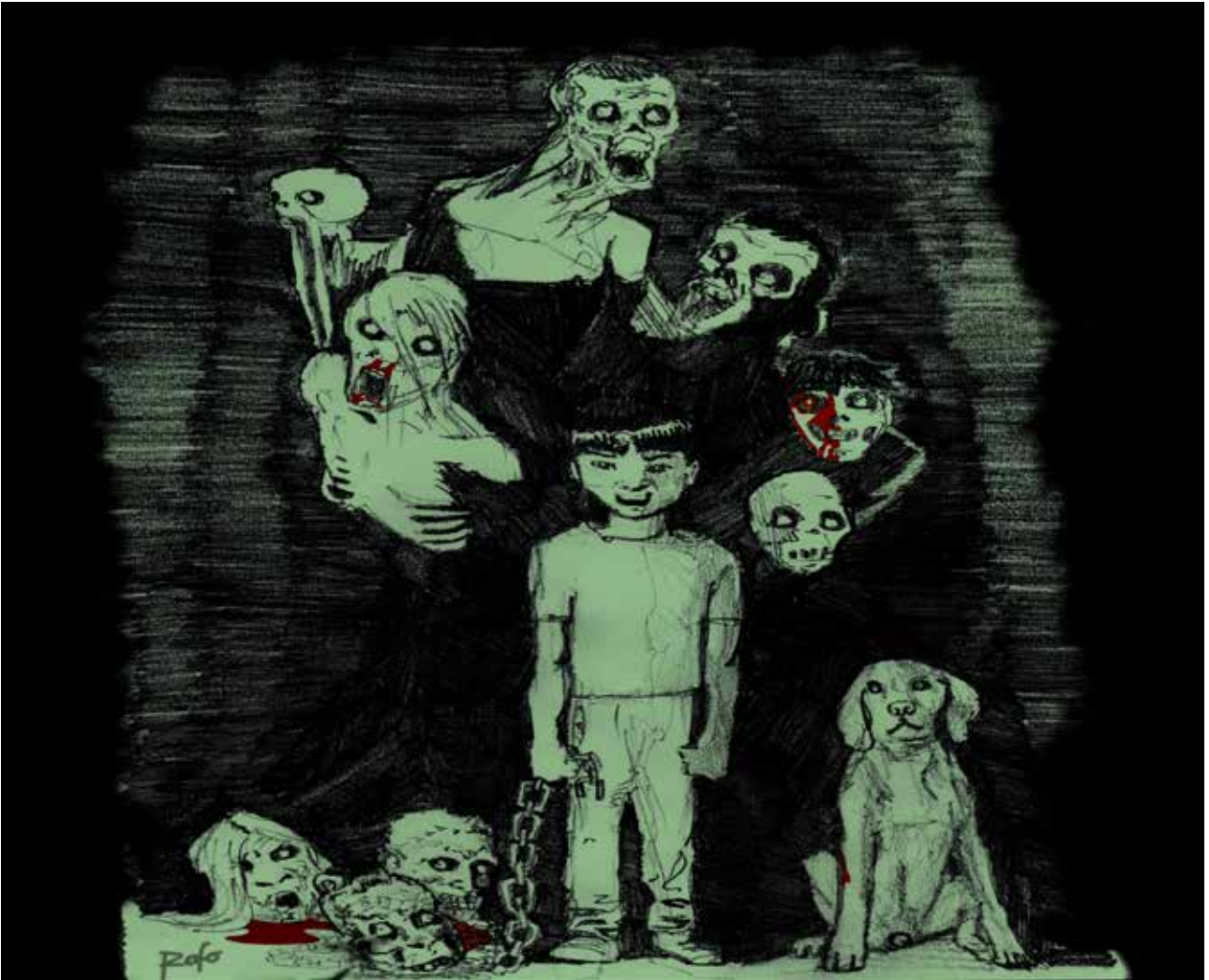
Atravesó el salón principal a grandes zancadas y se asomó a la puerta del patio interior, que estaba entreabierta. Lucía un sol espléndido, y por encima de los altos muros del patio rectangular hileras de pequeñas nubes se movían lentamente bajo un cielo azul intenso. Dani silbó y miró en dirección a la alberca, en concreto hacia la maleza que crecía descuidadamente alrededor del pozo. La humedad se filtraba a través del suelo arenoso y propiciaba allí el crecimiento de todo tipo de malas hierbas. Algunas de ellas empezaron a moverse con violencia, y de la frondosidad emergió la cabeza de Bebo, con las orejas de punta y algo muerto entre los dientes, tal vez una rata o un topo. Dani silbó otra vez y el perro saltó de su improvisada madriguera corriendo alegremente hacia su

amo tras soltar su presa a medio devorar. Comenzó a lamer nerviosamente la cara y las manos de Dani, manchándolo con sangre y trozos de vísceras. Dani reía mientras se limpiaba con la manga. —Vamos, Bebo, déjalo ya. Tenemos trabajo. —Bebo lo miró un segundo y después pareció calmarse poco a poco mientras seguía al chico hasta la puerta principal de la casa. Al pasar junto a la escalera del salón, Dani oyó alboroto en el piso de arriba. Sus hermanos debían de estar discutiendo entre ellos otra vez. Mientras Dani la emprendía con el tedioso ritual de desclavar los tablones que cubrían la puerta, el perro olfateaba incesantemente metiendo el hocico entre la rendija de la hoja, impaciente por salir al exterior. Cuando la última tabla estuvo despegada, Dani giró lentamente el pomo y abrió muy despacio, asomando la cabeza sin traspasar aún el umbral al mismo tiempo que con su pierna derecha impedía que Bebo se precipitase fuera. Tras la puerta aguardaba el patio delantero, que al igual que el trasero estaba protegido por muros de tres metros de altura coronados por una enredadera de alambre espinoso. Justo en el centro de la pared principal un portón de acero reforzado separaba definitivamente a la casa de la calle. Dani sabía que con todas esas medidas de seguridad era difícil que pudiesen acceder al interior del patio, pero aún así era perfectamente consciente del riesgo. Recordaba aquella vez que salió y había uno de ellos arrastrándose por el césped. Nunca supo con certeza cómo pudo sortear el muro y la alambrada sin quedar enredado, pero allí estaba desafiando toda lógica. Si ocurrió una vez podría ocurrir otra más.

Cuando se hubo cerciorado de que no había peligro alguno en el patio, soltó a Bebo y permitió que corriese hacia el pino grande junto al cobertizo. La camioneta estaba frente al portón, reluciendo bajo el sol a pesar de que la pintura hacía mucho que se había corroído. Dani miró hacia el montón de tablones que había en el suelo y con un suspiro agarró el martillo para clavarlos. Sabía que eran mucho más efectivos si se clavaban desde el interior de la casa, pero la artritis de su madre hacía muy difícil para ella esa labor.

La puerta del cobertizo no estaba atrancada, aunque sí protegida por un grueso y oxidado candado. Dani extrajo el manojito de llaves de su bolsillo trasero, donde lo llevaba siempre guardado, y escogió la más pequeña. El interior del cobertizo olía a grasa y humedad. Al fondo estaban alineados los bidones de gasóleo, todos cerrados herméticamente salvo uno, del que sobresalía el brazo de la bomba manual. Dani acercó una garrafa y con ayuda de un embudo la llenó accionando la bomba. El cobertizo no era muy amplio, pero más de la mitad de su superficie estaba ocupada por aquellos bidones. Papi había pasado muchos años acumulándolos allí, en “previsión de problemas”, según decía siempre. Teniendo en cuenta el uso actual que se hacía del combustible, mami había calculado que tendrían asegurado el suministro al menos cinco años más, contando con que el generador de electricidad solo se encendiese tres días a la semana durante algunas pocas horas, y que la camioneta se usase solo y exclusivamente para salir en busca de comida. Dani sonrió al recordar que en días como hoy coincidían las dos circunstancias, así que a su vuelta disfrutaría de otra sesión de tele. Colocó el embudo sobre la boca de la garrafa y abrió el armario de madera donde se guardaban todas las herramientas. Extrajo tres de los cinco ganchos curvos y afilados de sus soportes y los ató fuertemente a un extremo de las cuerdas gruesas que había recogido del suelo. Cada cuerda medía alrededor de cinco metros y eran fibrosas y bastante resistentes. Las enrolló cuidadosamente procurando no enredar en ellas los ganchos y las colocó junto a la garrafa. Por último tomó una barra de acero con extremo en ángulo recto, comprobó que la punta cortaba lo suficiente, y salió del cobertizo portando trabajosamente todos los enseres. Tras colocar el candado en la puerta se encaminó a la camioneta con Bebo trotando alegremente detrás de él.

Le llevó aproximadamente diez minutos cargarlo y prepararlo todo. Tras verter el gasoil desde la garrafa al depósito del vehículo, Dani subió a la parte trasera descubierta y ató cada uno de los tres extremos libres de las cuerdas a sendos postes de hierro soldados sobre el suelo de chapa, cada uno de ellos de unos treinta centímetros de altura. Tiró varias veces con todas sus fuerzas para comprobar que los nudos soportaban sin problemas la presión ejercida y después entró en la cabina con el manojito de llaves en la mano. Tras un breve rugido seguido de una nube de humo negro y pestilente, la camioneta arrancó y permaneció quieta levemente temblorosa y ronroneando.



Ahora venía la parte complicada. Apoyada en la fachada principal de la casa, cerca de la ventana delantera, reposaba la escalera de mano de cinco metros de altura. Suficiente para traspasar el muro y la alambrada. Dani la cogió y la abrió justo delante del portón, cuyo borde superior estaba algunos centímetros por debajo del nivel que conformaban los muros en su punto álgido. Subió hasta el último peldaño y oteó el horizonte mientras Bebo ladraba aparatosamente desde abajo. Dani lo miró haciéndole gestos con la mano hasta que el perro calló. La calle donde se situaba su casa era más bien estrecha, y desde esa perspectiva se podía ver casi hasta el final, donde terminaba en una rotonda que daba paso a la avenida principal. En cambio mirando hacia la izquierda, al inicio de la calle, la vista topaba con la última casa y la curva que se escondía a unos ocho metros tras ella. Ese era el ángulo peligroso, puesto que desde aquella posición era completamente imposible saber si tras la curva podía ocultarse algo. La zona visible aparecía completamente desierta. Los mismos vehículos oxidados estaban estacionados a cada lado de la calzada, y las casas aparecían desconchadas, silenciosas y con muros y patios invadidos por la vegetación y la verdina. Dani permaneció completamente quieto mientras agudizaba el oído. Sabía que en ocasiones este sentido era más fiable que el de la vista. Tras cinco minutos en aquella posición, se dispuso a bajar cuando captó un leve movimiento por el rabillo del ojo. Procedía aproximadamente de la mitad de la calle, a unos cincuenta metros. Dani fijó la vista en aquel punto y esperó. Al cabo de unos segundos volvió a distinguir movimiento, esta vez con más nitidez. La figura que lo producía se movía con lentitud, inequívocamente en dirección hacia ellos. Dani se maldijo por su negligencia al no evitar que Bebo ladrara. Esperó un par de segundos más y miró hacia el final de la calle. Por ese lado no existía otro modo de entrar salvo desde la rotonda, dado que no había calles adyacentes ni perpendiculares al tratarse de una urbanización donde las casas eran adosadas. El problema seguía estando en la retaguardia, detrás de la curva. Como sospechaba, desde la rotonda también se acercaba algo. Nunca venían solos. Al principio llegaban en un goteo, de uno en uno o de dos en dos, pero en poco

tiempo se congregaba toda una masa de ellos. Mientras bajaba de la escalera a toda prisa calculó en unos seis minutos el tiempo que tardaría en alcanzarlos el más cercano. Suficiente.

Derribó de una patada la escalera y abrió con rudeza el portón al mismo tiempo que le silbaba a Bebo. El perro se escurrió por la rendija abierta del portón y se situó en la esquina de la curva. A papi le había costado enseñarle ese truco. Dani recordaba cómo maldecía al perro cada vez que silbaba y Bebo le ponía las patas encima o le lamía las manos en lugar de situarse en la posición deseada, donde previamente había depositado un enorme hueso para incentivarle. Tras muchos días de silbidos y enormes dosis de paciencia, Bebo aprendió a colocarse en la esquina y ladrar si veía acercarse algo que no fuese una caja arrastrada por el viento o una rata. Aquellos eran buenos tiempos. Papi, Bebo, sus hermanos y él haciendo cosas juntos mientras mami se ocupaba de la casa. Sintió una leve punzada de nostalgia que se disipó en cuanto vio a la figura a menos de veinte metros suyo. Era más rápido de lo que calculó en un primer momento. Abrió completamente el portón y corrió hacia la camioneta, mirando de soslayo a Bebo. El perro estaba rígido como una estatua, y sus orejas erguidas. Mala señal. Metió primera y con un acelerón salió hacia la calle. Con el olor a goma quemada machacándole la nariz, Dani bajó como un rayo y volvió a cerrar el portón. Giró rápidamente la llave en la cerradura y silbó otra vez al mismo tiempo que Bebo empezaba a ladrar. Oyó un gemido y comprobó que la figura se dirigía directamente hacia él, a menos de cinco metros de distancia. Subió al vehículo y cerró la portezuela mientras el perro se colaba de un salto por la ventanilla abierta del acompañante. Al mirar por el retrovisor divisó fugazmente dos siluetas que emergían de la curva. Bebo no paraba de ladrar mientras Dani giraba el volante levemente y aceleraba enfilando la calle. La figura, que se había plantado justo en el centro de la vía, pareció estallar en mil pedazos cuando Dani le pasó la camioneta por encima. Cambió a segunda y con un racheo de ruedas el coche aumentó de velocidad. El parabrisas estaba cubierto de sangre y trozos de carne podrida. Dani creyó distinguir lo que parecía una oreja entre el cristal y el capó. Por suerte la luna no se había roto. Mami lo mataría si se enteraba de que otra vez había puesto perdido el coche. Accionó el mando del limpiaparabrisas y observó cómo el chorrillo de agua iba despejándole poco a poco la visibilidad. Ya se ocuparía de limpiar ese estropicio a la vuelta. A la altura de la rotonda, bastante más rezagado que su congénere, estaba el otro podrido que había visto desde la escalera en su casa. Se movía muy lentamente en dirección a la camioneta, atraído por el ruido del motor, y andaba tan despacio porque le faltaba casi toda la mitad inferior de la pierna izquierda. Se apoyaba directamente sobre el hueso desnudo. Dani rebuscó en el salpicadero y encontró una manzana mohosa, abrió la ventanilla y se la arrojó con fuerza al podrido. Casi lloró de la risa al ver cómo el ser caía de bruces sobre el asfalto gimiendo y agitándose.

—¡Eso son al menos 100 puntos, Bebo! ¡Si me vieses los chicos...!

El perro, como queriendo secundar a su amo, ladró alegremente mientras Dani enfilaba la avenida en dirección al centro de la ciudad, riendo sin parar.

2

El sol estaba aún alto cuando llegaron a las inmediaciones del núcleo urbano. En esa zona las calles se estrechaban y eran más cortas. Dani apenas prestaba atención al paisaje, tan monótono y silencioso como siempre. El movimiento era escaso a esas horas, y los grupos de podridos reducidos. Ocasionalmente veía a alguno arrastrarse tras un contenedor, o golpear compulsivamente la chapa de un coche abandonado hacía mucho tiempo. De vez en cuando aparecía algún grupito de tres o cuatro vagando sin rumbo y caminando en dirección a la camioneta cuando oían el rugido del motor. Todos ofrecían un aspecto degradado y corrompido, sin apenas piel sobre los huesos y casi siempre presentando alguna amputación importante. Vio a uno al que le faltaba media cara, y la otra media le colgaba hecha jirones verdosos. Otro no tenía piernas ni brazos, estaba boca abajo e intentaba impulsarse a pesar de no poseer ya miembros para tal fin. Aun así parecía moverse de

algún modo, pues tras de sí iba dejando un reguero de alguna sustancia negruzca y trozos de intestino que se desprendían del estómago abierto.

La camioneta circulaba por una calle aún lo suficientemente ancha, flanqueada a cada lado del asfalto por antiguas tiendas y comercios. Papi solía contarle a Dani y a sus hermanos que hace tiempo, antes de que los muertos empezaran a levantarse para devorar a los vivos, esos locales estaban repletos de todo tipo de cosas, algunas para comer, otras para vestir y otras simplemente para divertirse. A sus doce años, Dani apenas recordaba nada de aquello, aunque sí guardaba un vago recuerdo de una calle totalmente iluminada con luces de colores y alegres adornos navideños por donde transitaba mucha gente, personas vivas y saludables que olían a perfume y saboreaban cucuruchos de helado. Ahora la mayoría de esas tiendas estaban cerradas tras puertas mohosas, con los escaparates hechos añicos mostrando el interior sucio y oscuro como madrigueras de osos. Muchos de los edificios aparecían ennegrecidos y reducidos a cenizas a causa de los incendios que azotaron la ciudad en los primeros días de disturbios. Cadáveres convertidos ya en esqueletos poblaban silenciosos aceras y esquinas, mudos testigos del caos y la desolación que perturbaron la paz de una ciudad antaño tranquila como fue aquella. Dani se alegraba siempre de no recordar nada de eso. Cuando sucedió, él era muy pequeño, y su padre fortificó la casa con toda la familia recluida dentro tras hacer acopio de víveres durante semanas. Los suministros, cuidadosamente seleccionados por papi para que durasen el mayor tiempo posible, aguantaron unos seis meses. Después vinieron unos años muy duros, a los que sobrevivieron gracias a un pequeño huerto de patatas y tomates que mami sembró en el patio trasero. Pero tras la descomunal tromba de agua que casi inunda la casa y el resto de la ciudad, el huerto quedó completamente destrozado e inutilizable. Fue entonces cuando papi tomó la decisión de emprender las partidas de caza. A partir de ahí comenzaron los recuerdos más vívidos de Dani y también los mejores de toda su vida.

Un súbito movimiento en uno de los locales vacíos sacó a Dani de su ensimismamiento. Redujo la velocidad y se aproximó despacio. A veces, cuando los podridos abandonaban una zona concreta, esta era repoblada por coyotes, perros callejeros o gatos salvajes que acudían en busca de carroña y despojos a los que hincarle el diente. Si tenías suerte de dar con alguna de aquellas alimañas y cazarla, el menú semanal se incrementaría con un añadido de carne fresca y sabrosa. Dani paró el vehículo a unos diez metros de la antigua tienda y permaneció quieto observando. Bebo jadeaba con la lengua fuera de la boca, en silencio y expectante. Al cabo de unos segundos, una sombra volvió a moverse, apenas discernida en la oscuridad del local en penumbras. Dani miró a ambos lados de la calle y por el retrovisor. Todo en calma. Hizo un leve gesto a Bebo con la mano derecha y muy lentamente abrió la portezuela, tras agarrar sin mirar la barra afilada del asiento trasero. Bebo saltó por la ventanilla y se situó un par de metros por delante de Dani caminando sigilosamente. La sombra parecía estar encogida o agazapada en el suelo. Se agitaba de un modo rítmico y espasmódico de arriba abajo, produciendo a la vez un tenue sonido similar a pies chapoteando en un charco de barro. Al acercarse Dani unos metros más, aquella masa informe se quedó súbitamente rígida y luego empezó a alzarse despacio. Dani también se paró en seco y levantó el brazo derecho sujetando fuertemente la barra. Bebo gruñó enseñando los colmillos cuando el primer podrido traspasó el umbral del escaparate roto, dejando al descubierto un cuerpo humano a medio devorar. Se acercó tambaleante a ellos gimiendo y levantando los brazos. Sus ojos muertos y enrojecidos miraban hacia el cielo, y de entre los dientes le colgaban jirones de carne desgarrada que goteaban hileras de sangre espesa. Había otros dos podridos más inclinados sobre el cuerpo, pero en cuanto vieron al primero alejarse soltaron las vísceras que mordisqueaban con fruición y lo siguieron entre gruñidos. Dani observó que los tres mostraban un aspecto relativamente fresco. Parecían enteros, sin mutilaciones de consideración ni partes mordidas o devoradas. Tan solo la palidez extrema de su tez y su mirada carente de emociones indicaban que aquellos seres ya no pertenecían al mundo de los vivos. Posiblemente habían sido arañados o rozados en alguna emboscada y lograron huir antes de convertirse en almuerzo. Bastaba un simple rasguño provocado por un podrido para que la infección penetrase en tus venas y te convirtiera en uno de ellos horas des-

pués. Primero te mataba, entre terribles dolores y estertores. Al cabo de unos minutos, resucitabas convertido en un ser hambriento de carne fresca y sin recordar quién eras antes de morir. Al menos no del todo, aunque algunos leves atisbos de tu vida pasada, como lugares o cosas, parecían quedar conservados en zonas recónditas del cerebro.

Dani hizo una rápida mueca de decepción. Adiós a la carne de coyote. No obstante, tendría que conformarse con lo que había. Guardó la barra entre el cinturón y la parte trasera del pantalón y giró sobre sus talones encarando la camioneta, que esperaba con el motor al ralentí.

—¡Vamos, Bebo! ¡Empieza la fiesta!

El perro corrió hacia la camioneta y se situó en un costado, mientras Dani montaba en la cabina. Hizo girar el vehículo en dirección contraria y avanzó unos cien metros. Después se bajó y saltó a la parte trasera. El primero de los podridos no tardaría en alcanzarlos, seguido a pocos metros por los otros dos.

—Yo me encargo del que va delante, tú distrae a los demás.

Bebo salió disparado y sobrepasó a los tres muertos vivientes. Frenó en seco y comenzó a ladrarles por la retaguardia. Los dos más rezagados se volvieron hacia el perro tratando torpemente de atraparlo mientras Bebo se movía en círculos alrededor de ellos.

Dani abrió la portezuela trasera de la camioneta y escogió uno de los ganchos atados. Agarró la cuerda por el nudo con la mano derecha mientras que con la izquierda la iba soltando del soporte. Luego esperó. El podrido lo alcanzó y se abalanzó directamente sobre él, pero Dani lo esquivó con agilidad al mismo tiempo que le enredaba las piernas con la cuerda. Tensó y tiró de ella con fuerza, haciéndole caer de boca contra el asfalto. Extrajo rápidamente la barra del cinturón y se la clavó en la nuca al podrido, que dejó de retorcerse en pocos segundos tras varios espasmos. Desclavó la barra y le pateó varias veces la cabeza para comprobar que estaba completamente muerto. Luego se volvió hacia Bebo, que ladraba alocadamente a los otros dos podridos provocando que lo siguieran. Dani silbó y el perro se dirigió a su posición. Los dos podridos avanzaban hacia él en línea recta. El chico pensó en subir a la camioneta y embestirlos con ella, pero el caminar de estos seres es errático e imprevisible, y correría el riesgo de no atinar, o atropellar solo a uno mientras el otro salía de la calzada. Cosas así le habían ocurrido otras veces, y el tiempo era un elemento crucial a tener muy en cuenta. Con todo el ruido que estaban armando no tardaría en aparecer una multitud de muertos, y entonces las cosas se pondrían realmente feas. Había que ser directo y conciso. Gritó a Bebo y esperó a que el perro atacase directamente al más cercano de los podridos. Luego agarró la barra con las dos manos y embistió frontalmente al otro. Cuando lo tuvo a tiro, Dani flexionó las rodillas y con la barra golpeó las espinillas del ser, que trastabilló y perdió el equilibrio sin llegar a caer. Con inusitada rapidez, el podrido giró sobre sí mismo y asestó un zarpazo a Dani, quien se agachó justo a tiempo de recibir el golpe dirigido hacia su cuello. El muerto, desconcertado, permaneció inmóvil el tiempo necesario para que Dani hundiera un puño en su estómago, haciéndole caer de espaldas con un bufido. Antes de que pudiese levantarse, Dani pisó el cuello de la criatura y con la velocidad del rayo hincó la punta afilada de la barra en su frente. La sangre brotó a borbotones de la herida y el cuerpo del podrido quedó inerte, totalmente inanimado para siempre. La “muerte verdadera”, como solía llamarla papi. Un disparo o un golpe lo suficientemente poderoso en el cerebro, eso era lo único capaz de matarlos definitivamente.

Bebo mordía afanosamente el pernil del pantalón del último podrido, que luchaba inútilmente por librarse de la mordaza del perro. Daba tumbos e intentaba agarrarlo con los brazos, pero el animal se zafaba con facilidad de los embistes descoordinados del muerto, que gemía y babeaba de pura frustración. Dani aprovechó la distracción que le proporcionaba su perro y se acercó por detrás. Antes de que el podrido se percatase de sus intenciones ya le había machacado y desparado los sesos con la barra.

Arrastró uno a uno los cuerpos hasta la camioneta y usó los ganchos para ensartarlos, introduciéndolos por la garganta de los podridos y sacándolos por la boca. Era el único modo de que se mantuviesen sujetos sin desprenderse. Luego comprobó los nudos de ambos extremos en cada

cuerda y subió a la parte trasera con Bebo siguiéndole los talones. Se quedó allí un rato oteando las inmediaciones. Las primeras figuras tambaleantes aparecieron por el este, hacia el final de la calle. Luego comenzaron a salir de entre los callejones comprendidos entre los antiguos locales comerciales. Podía oír los gemidos y lamentos arrastrados por la brisa. Apenas distinguía diez o doce siluetas, pero sabía que vendrían muchas más. Dani miró hacia el cielo y sonrió. Se había dado bien la caza. Aún faltaban un par de horas para que anocheciera y ya se había cobrado sus piezas. Estaba a punto de volver a la cabina del conductor cuando vio salir repentinamente a otra silueta del lugar donde encontró a los tres podridos. En un primer momento pensó que se trataba de otro más, pero la figura se movía con bastante más rapidez y soltura de lo acostumbrado en aquellos seres. A esa distancia y con el sol de la tarde frente a él, Dani no distinguía bien los detalles. La silueta se quedó quieta en el centro de la calle mirándole. Luego se giró y enfocó la vista hacia los podridos que se acercaban. Súbitamente empezó a correr hacia la camioneta a toda velocidad. Dani asió otra vez la barra y se preparó para el ataque, pero en cuanto pudo discernir con claridad a su hipotético atacante relajó los músculos. La chica tenía la ropa desgarrada, estaba delgada y presentaba un feo hematoma en la frente, pero a pesar de todo eso estaba viva.

3

Dani miró por el retrovisor y vio a los tres cuerpos capturados agitarse y contonearse en cada bache o alteración del terreno al ser arrastrados. Aquello fue idea de mami. Decía que los golpes ablandaban la carne, y después era más fácil de despellejar y tierna a la hora de comer.

—“En mis tiempos, así preparábamos los pulpos antes de cocerlos” —solía contarle a Dani, que seguía sin tener ni idea de qué demonios era un pulpo.

La chica lo miraba desde el asiento del acompañante. Tenía los ojos hundidos y cansados, pero sus pupilas eran de un intenso color azul turquesa.

—Gracias por llevarme con vosotros.

Dani asintió con la cabeza sin apartar la vista de la carretera. Había decidido dar un rodeo hacia la plaza del ayuntamiento por si encontraba algún otro ejemplar digno de consideración, pero el sol se ponía y las sombras avanzaban. No era nada recomendable permanecer en las calles al anochecer, así que giró dos intersecciones antes de la entrada a la plaza y emprendió el camino de vuelta a casa por la ruta más larga. Todos los podridos con los que se toparon estaban raquíuticos o deshechos, la mayoría al borde de la descomposición.

—Me llamo Diana.

—Yo Dani. —El chico señaló al asiento trasero, donde el perro estaba tendido, como dormitando. —Él es Bebo.

Permanecieron en silencio largo rato oyendo de fondo el ronroneo del motor y algún chasquido ocasional cuando los cuerpos que arrastraban chocaban contra algo. Diana se recostó en el asiento y volvió a hablar. Su voz sonó ausente y falta de emoción.

—El tío al que se estaban comiendo se llamaba Oliver. Tuvimos que huir de nuestro refugio hace dos días. Oliver, yo y los tres que llevamos arrastrando—. Dani miró a la chica por primera vez desde que emprendieron la marcha, súbitamente interesado por su historia. —Pertenecíamos a un grupo de unas treinta personas. Al principio éramos unos cuantos y nos refugiamos hace meses en la antigua estación de ferrocarriles. Era un lugar relativamente seguro y una vez que lo reforzamos convenientemente se convirtió en nuestro hogar—. Diana hizo una breve pausa para aclararse la garganta y prosiguió. —Poco a poco empezó a llegar más gente. Estábamos bien, nos organizábamos para hacer guardias, mantener limpio el refugio y salir en busca de alimento. La mayoría de nosotros lo pasó mucho más jodido intentando sobrevivir aquí fuera antes de unir nuestras fuerzas—. De repente se le quebró la voz. Dani distinguió una lágrima resbalando lentamente por el ojo izquierdo de la chica. —Hace un par de días, cinco hombres volvieron de una partida de reconocimiento. Tuvieron una refriega con un grupo de podridos, pero lograron huir antes de ser atrapados.

Al poco tiempo de llegar empezaron los primeros disparos. Primero creímos que eran los nuestros que estaban de guardia, disparando a los podridos que se acercaban demasiado, aunque resultaba extraño puesto que solo contábamos con un par de rifles y muy poca munición, y jamás los utilizábamos salvo que fuese estrictamente necesario. Luego el portón principal cayó derribado y entraron en tropel, disparando y golpeando a todo el mundo—. Hizo otra pausa y respiró hondo. A Dani le resultaba evidente que la chica se estaba derrumbando en ese preciso instante. Tal vez no había tenido ocasión de hacerlo en otro momento hasta que pudo relajarse por unos minutos. —Habían seguido a los cinco expedicionarios—. Prosiguió. —Era un grupo de saqueadores, de unos veinte miembros. No tuvieron piedad. Mataron a los hombres y a los niños, violaron a las mujeres...—. Los sollozos ahogaron su voz. Dani la miró sin decir nada. Tampoco sabía qué decirle, aunque en cierto modo podía entenderla. Él mismo se topó de lejos un par de veces con saqueadores en sus incursiones por la ciudad, aunque siempre los evitó ocultándose o cambiando de dirección antes de que pudiesen verle. Por suerte, esos merodeadores se movían normalmente por núcleos urbanos y evitaban las afueras. Eso mantenía relativamente segura su casa, al menos hasta ahora.

Diana pareció recomponerse un poco y recobró la voz. —Oliver y yo conseguimos huir aprovechando la confusión junto a tres de los cinco que salieron en la partida. Al fin y al cabo no podíamos hacer nada por el resto, tan solo quedarnos a morir con ellos. Vagamos sin rumbo esquivando a los podridos como buenamente podíamos, hasta que llegamos a la calle comercial donde nos encontramos. Aparentemente estaba bastante despejada de muertos andantes, y encontramos una antigua tienda que nos pareció mínimamente segura para refugiarnos durante la noche. El agotamiento nos tenía exhaustos, y ya no nos quedaban fuerzas para seguir caminando, así que decidimos quedarnos allí y esperar a tener suerte—. En ese instante Diana sonrió tristemente. —Pero la suerte parecía no querer acompañarnos. Estaba tan cansada que dormí casi todo el día, hasta que desperté sobresaltada por un ruido muy cerca de donde me encontraba. Cuando miré en aquella dirección vi a la mitad de Oliver en el suelo rodeada de sus propios intestinos. La otra mitad ya no existía, devorada por los tres antiguos camaradas que gemían y se peleaban entre ellos por sus vísceras. Se ve que en la refriega con los podridos, antes de que nos atacasen los saqueadores, fueron arañados o mordidos por ellos... y durante las horas siguientes, mientras dormíamos, se transformaron—. La chica se estremeció violentamente, como sacudida por un intenso escalofrío. —Me siento fatal conmigo misma por pensar así, pero me alegro de encontrarme más alejada del grupo cuando esos tres se levantaron. Evidentemente atacaron primero a quien tenían más a mano, y probablemente eso fue lo que me salvó la vida. Eso y que tú aparecieras, por supuesto—. Miró directamente a Dani a los ojos y, en su rostro, el chico creyó distinguir una tímida sonrisa de agradecimiento. —No me atrevía ni a pestañear por miedo a que se percatasen de mi presencia... en fin, supongo que debo darte las gracias otra vez, por llegar en el momento justo y por recogerme—. Dani le devolvió la sonrisa y permaneció callado. No era muy bueno con las palabras, y menos aún con desconocidos. Diana suspiró y de repente pareció animarse. Dani pensó que la chica podría tener unos veinticinco o veintiséis años, aunque cuando la vio por primera vez, tan demacrada y desvalida, aparentaba muchos más.

—Oye, ¿de verdad os coméis a esas cosas?—. Le preguntó a Dani señalando con el pulgar hacia atrás. Al comprobar que el chico no respondía, Diana siguió hablando. —Bueno, supongo que cada uno sobrevive como puede. Pero, ¿no tenéis miedo de infectaros? Esas mierdas están hasta el culo de virus. Quiero decir... ¿Quién os garantiza que tras comer su carne no os convirtáis en uno de ellos?

—Si te muerden ellos te infectas, pero no al revés —contestó al fin Dani—, además, a mami le gusta cocinar la carne. Dice que al calentarla todos los virus mueren, y...—. Un alarido angustioso cortó de raíz la frase de Dani. Ambos miraron sobresaltados hacia atrás y vieron a Bebo aún agazapado y temblando con violentas sacudidas. Dani paró la camioneta en seco sin cerciorarse siquiera de que no había peligro por las inmediaciones. El sol ya se había puesto cuando bajó de un salto y abrió la portezuela trasera. Estaban a dos manzanas escasas de su calle, y la oscuridad cada

vez era más penetrante. Ninguna luz iluminaba aquella avenida en penumbras en la que se encontraban, y las casas semiderruidas parecían mirarles con ojos cuadrados en forma de ventanas rotas. Dani tomó a Bebo en brazos, lo sacó al exterior y lo depositó cuidadosamente en el suelo delante de los faros de la camioneta. El animal gemía sin cesar y parecía respirar con dificultad. Tras hacerle un rápido examen palpándole por todo el cuerpo, Dani descubrió una pequeña herida tras la pata delantera izquierda. Era minúscula, apenas un rasguño, pero suficiente para condenarle. Dani abrazó a su perro mientras trataba de averiguar en qué momento pudo ser arañado por el podrido. Tras unos minutos dejó de hacerlo. Al fin y al cabo eso ya daba lo mismo. Lo abrazó más fuerte mientras derramaba lágrimas sobre su pelo sucio, y los recuerdos comenzaron a atacarle como puñaladas impregnadas en veneno. Bebo siendo un cachorrito empapado temblando debajo de un coche, la cara de su madre cuando le dijo que no podían tener un perro, Bebo persiguiendo a sus hermanos por el patio, papi regañándole porque nunca hacía lo que le decía...

Diana observaba nerviosa desde dentro del vehículo, mirando ocasionalmente hacia ambos lados de la avenida por si detectaba movimiento. Oyó los primeros gemidos justo cuando Dani se levantaba con el perro en brazos. Caminó hacia una de las casas y desapareció tras los muros. Diana vio emerger de las sombras a dos podridos, unos treinta metros más atrás. No tardarían en alcanzarla. Localizó el claxon de la camioneta y lo pulsó varias veces seguidas. Un minuto después, Dani resurgió y corrió hacia el coche. Cuando entró, a Diana le pareció que el chico había envejecido diez años. No lloraba, pero en su semblante vislumbró marcadas mil cicatrices de dolor que, juraría, antes no estaban ahí.

—Lo siento —acertó a decir—. Dani la miró inexpresivamente.

—No podía dejarle en el coche. Puede convertirse en cualquier momento, y mucho más rápido en los animales. —La voz del chico era apenas un susurro, y Diana tuvo que hacer un esfuerzo para entenderle. —Nos atacaría antes de llegar a casa.

—Ambos miraron hacia el frente, en dirección a la carretera oscura y silenciosa, mientras el rugido del motor ahogaba los sollozos y suspiros que emitían. No volvieron a hablar más en todo el trayecto.

4

Al principio no hacía falta siquiera salir de casa para atraparlos. La madre de Dani se sacudía las manos en el delantal mientras hablaba, dejando impregnadas manchas parduzcas. —Con solo atraerlos los chicos los cazaban como a conejos. Luego la comida empezó a escasear para ellos, y a consecuencia, también para nosotros. Dani sabe lo mucho que me preocupó cada vez que sale ahí fuera—. Se acercó a su hijo y le rodeó la cara con ambas manos. El chico permanecía sentado en una silla, cerca de la puerta de la cocina, cabizbajo y aún muy afligido. La mujer lo besó otra vez en la frente y se volvió hacia Diana. —Todos queríamos mucho a Bebo, era un buen perro y un miembro más de la familia. Temía que algún día ocurriese algo así, pero mejor Bebo que mi querido hijo, ¿no crees?

—Por supuesto que sí, señora —contestó Diana mirando a Dani con compasión. —Su hijo es un buen chico y muy valiente. No sabe cómo les agradezco a ambos que me acojan.

—Tranquila, no te preocupes por eso. Es bueno encontrar a más gente viva, últimamente ya no queda mucha—. Diana asintió con la cabeza. —Pero qué desconsiderada soy. Debes de estar exhausta y hambrienta—. La mujer esbozó una amplia sonrisa y se llevó una mano al pecho mostrando su apuro. —Enseguida os prepararé la cena. Solo disponemos de una alberca con agua sucia, pero puedes darte un baño si te apetece.

—No sabe lo que daría por un buen baño. Eso es mucho mejor que nada, gracias—. Diana le devolvió la sonrisa animadamente.

—Estupendo, entonces. Pero antes creo que deberías de conocer al resto de la familia, si te parece bien. Dani, ¿por qué no acompañas arriba a esta jovencita, y le presentas a tu padre y tus hermanos?

Dani tardó un momento en reaccionar. Después se levantó desganado y miró a Diana invitándola a seguirle con un tenue arqueado de cejas. La chica se encaminó detrás de él hacia la escalera del salón y pensó en hablarle, decirle alguna tontería para animarlo, pero tras meditarlo un segundo decidió que era mejor dejarle tranquilo. La madera vieja de los peldaños crujía a cada paso que daban. Al llegar al piso de arriba, Dani se paró un momento en la penumbra del pasillo, como intentando recordar a dónde debía ir. Diana vio tres puertas cerradas y una entreabierta al fondo. Dani la señaló y le franqueó el paso. Al principio, el silencio era tan absoluto que podían oír sus propias respiraciones, pero cuando estaban casi a la entrada de aquella habitación, Diana escuchó algo más, un sonido apagado, sesgado, pero familiar. Muy familiar. La chica abrió tanto los ojos que parecieron querer salirse de las órbitas. Se volvió rápidamente, pero Dani seguía detrás de ella, impasible y obstruyendo el estrecho pasillo. Diana quiso gritar pero la mano derecha de Dani fue más veloz, tapándole la boca mientras cerraba la izquierda en un puño y le propinaba con ella un fuerte golpe en el estómago. Diana cayó de rodillas muda de dolor y Dani la arrastró de los pelos hasta el interior de la habitación. Allí estaban papi y sus dos hermanos, atados con gruesas cadenas a los barrotes de la ventana. Sus tenues y ahogados gruñidos iniciales se habían convertido ahora en gemidos ante la perspectiva de alimento inmediato. Diana gritó con todas sus fuerzas cuando Dani la empujó de una poderosa patada hacia las ávidas y desgarradas manos de sus tres parientes. El primero en morderla fue su hermano mayor. Se abalanzó directamente al cuello de la chica y le desgarró de un bocado la garganta. Diana emitió un gorjeo mientras escupía sangre por la boca. Al instante, los otros dos también se ensañaron salvajemente con ella.

Dani se mantuvo allí parado un momento, agradecido de que Diana ya no gritase. Sus bonitos ojos azules estaban ahora apagados. Sintió lástima por la chica, y sorprendido reconoció que era la primera vez que le ocurría eso, sentir compasión por la comida. Pero Diana había sido amable con él, y también era la primera vez en su vida que alguien fuera de su familia lo trataba así. Levantó una mano en señal de despedida y recordó algo que le había dicho ella en el coche. Era cierto, pensó, cada uno sobrevive como puede.

Bajó los escalones de dos en dos y se dirigió a la cocina. Su madre se afanaba cortando a los tres podridos en trozos adecuados para que entrasen en la olla.

—Mami, ¿por qué la carne fresca siempre es para ellos?

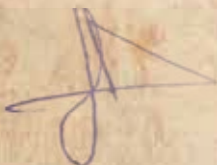
—Te lo he dicho mil veces, Dani. A tu padre y los chicos no les gusta la carne pasada y ellos también tienen que comer.

—¿Puedo ir ya a ver la tele?

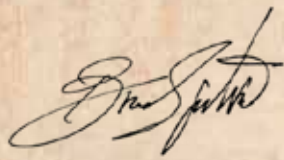
—Claro que sí, amor. Te lo has ganado. Pero no abuses que es malo para la vista—. Su madre suspiró y volvió a su labor. Dani corrió hacia el salón y encendió la televisión. Después se hundió en el sillón dejándose llevar por la luminiscencia blanca que emitía el aparato. Tras una hora así pensó en dejarlo un rato cuando oyó un sonido en el exterior. Sobresaltado, agudizó el oído y esperó. Otra vez el ruido, como una tos ronca y seca, pero lo suficientemente potente para que Dani pudiese oírla desde dentro de la casa. Una amplia sonrisa le inundó la cara. Saltó del sillón y corrió hacia la puerta, desclavando los tablones con una velocidad sorprendente. Luego salió a toda prisa y cogió la escalera, subiéndose a ella sin apenas mirar dónde ponía los pies. Miró hacia el exterior y soltó un grito de júbilo. Plantado ante la puerta estaba Bebo. Apenas le quedaba pelo sobre la piel, le colgaba un ojo y sus ladridos se habían convertido en quejidos estridentes, pero no había duda de que su perro había vuelto. Con lágrimas en los ojos, Dani se apresuró a abrir el portón. Por fin estaba de nuevo toda la familia al completo.

muro de Honor de los colaboradores

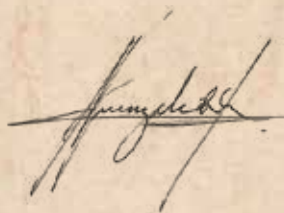
aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



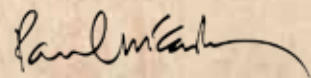
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú